

**CHRISTIAN
MARTINS**

SECRETOS 3

SECRETOS
PARTE 3

CHRISTIAN MARTINS

JULIO 2017

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2017 CHRISTIAN MARTINS

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todas aquellas personas que hacen que este sueño siga siendo posible. Sois demasiadas y no os podría nombrar a todas sin correr el riesgo de dejarme a alguien fuera, así que, simplemente, diré que ya sabéis quiénes sois.
¡Gracias!

Difícil prueba es guardar un secreto peligroso...

Introducción

Secretos (1) (2)

A falta de unos días para dar el “sí, quiero”, Julia decide mandar todo a paseo y comenzar una vida de cero. Para hacerlo, toma la decisión de disfrutar en solitario del viaje que tenía programado para la luna de miel, sin saber lo que encontrará en éste.

En pleno Caribe, conocerá a Elías Castro, un poderoso empresario que tiene todo lo que quiere en el momento en el que lo pide. Ambos comenzarán un apasionante romance rodeados de los más exquisitos lujos.

Julia no tardará demasiado en enamorarse del irresistible Elías, pero también descubrirá que no todo es lo que parece.

Las mentiras y los secretos comenzarán a estar presentes en el día a día de la pareja hasta que Julia, hastiada de mantenerse al margen y de desconocer la verdadera vida de su pareja, decidirá marcharse y abandonarle para regresar a Madrid, su ciudad.

Pero Elías ha encontrado al amor de su vida y no piensa dejarlo escapar tan fácilmente. Regresará en busca de Julia y encontrará en Madrid un sinfín de peligros de los que no podrá protegerse. Fuera de México, no tiene poder ni contactos para mantener a Julia bajo protección, así que no les quedará más

remedio que regresar.

Julia, guiada por el amor ciego que siente por Elías, decide obviar todos los riesgos que ha sufrido y regresar a México bajo la promesa de que, nada más llegar, la hará partícipe de los secretos que han rodeado su relación.

¿Podrá soportar la verdad? ¿Le contará Elías todo lo que tanto ha luchado por mantener oculto? ¿Se acabarán las mentiras entre ellos? Y..., lo más importante, ¿estarán por fin a salvo de los sicarios que les persiguen?

1

Habían detenido a Elías.

Aquello era lo único que su confusa mente era capaz de procesar. El control había saltado, activando sus alarmas, y los agentes que se encontraban presentes le habían pedido que se retirase a una de las esquinas.

Julia miró hacia su alrededor, buscando ayuda. ¿Pero quién iba a ayudarla? Se habían metido en un tiroteo, unos psicópatas querían asesinarlos y Elías llevaba una pistola encima en un control del aeropuerto. ¡Por Dios! ¿¿Cómo no se habían deshecho de la pistola antes de entrar!?

Se movió unos metros hacia la izquierda para evitar perder al hombre que amaba de su campo de visión. Estaba

llorando, le temblaban las piernas y sentía que de un momento a otro su pecho estallaría de la presión. Escuchaba los latidos de su corazón resonar con fuerza dentro de ella y la tensión acumularse en cada articulación. Sabía que varias personas la miraban con curiosidad, pero le daba igual; tenía demasiado por lo que preocuparse. ¿Y si le perdía? ¿Qué iba a hacer sin él? ¡Y si terminaba en la cárcel!

Atisbó cómo los policías elevaban los brazos de Elías y comenzaban el cacheo. Desde aquel lugar, no podía ver muy bien a Elías, tan sólo la espalda y la silueta del policía que le realizaba el registro. Pensó que, quizás, podía armar un escándalo allí mismo. Gritar, llorar o incluso amenazar a alguien para distraer la atención de los agentes que tenían retenido a Elías pero... ¿De qué le serviría a él? No podía huir a ninguna parte. Estaba rodeado.

Vio cómo el policía terminaba el registro y se hacía a un lado para dejar paso a Elías. No podía ver muy bien qué era lo que ocurría, pero parecía que regresaban a la zona del control. Volvió a colocarse en el mismo lugar de antes para recuperar visibilidad y observar mejor el panorama.

Elías, junto a la salida de la cinta de las maletas, se quitaba el cinturón con parsimonia y se lo entregaba a uno de los policías que le había cacheado. Julia le vio cruzar el control, esperar unos segundos y regresar al otro lado en busca de su cinturón con una sonrisa de oreja a oreja en el semblante.

No lograba escuchar ni distinguir qué era lo que ambos se decían, pero parecía un saludo cordial y una disculpa por parte del agente. Elías recogió sus pertenencias y se marchó, caminando a paso ligero.

Necesitó varios segundos para procesar qué era lo que había ocurrido y que los dos se encontraban sanos y salvos. Cuando logró tranquilizarse, se colocó en la cola del control mientras ejercitaba su respiración para no parecer fuera de lugar; había llamado la atención de varios operarios que no le quitaban los ojos de encima y quería pasar desapercibida, aunque esa misión parecía imposible de cumplir.

Elías estaba bien. Elías estaba bien. No dejaba de repetírselo a sí misma, pero parecía demasiado bonito para ser verdad. El hombre que tenía delante cruzó el control y

el guardia le hizo un gesto para animarla a continuar. Julia se quitó los zapatos, los colocó en la cinta y, aún con el corazón latiéndole desbocadamente, cruzó al otro lado.

Sonrió — con la mejor sonrisa que fue capaz de emitir — al operario de la cinta y recogió sus zapatos.

Decidió caminar al frente y alejarse antes de calzarse porque no podía soportar un segundo más continuar en el centro de atención de los presentes.

— ¡Ey, señorita! — dijo un agente, colocando la mano sobre su hombro.

Julia se dio la vuelta de un salto, aturdida.

Había vivido tanto en tan pocas horas que cualquier cosa parecía capaz de crearla ansiedad.

— ¿Si? — preguntó en voz baja.

El hombre sonrió.

— ¿Se encuentra bien? — inquirió, con una sonrisa conciliadora en el semblante.

Julia supuso que la habría visto llorar minutos atrás. O quizás, simplemente, sus ojos enrojecidos habían captado

su atención.

Asintió sigilosamente con un movimiento de cabeza y sonrió a modo de despedida. Sin decir nada más, aún descalza y con los zapatos sujetos en una mano, echó a caminar al frente.

— ¡Qué tenga un buen viaje! — exclamó el agente, pero ella no se giró hacia detrás.

2

Elías la estaba aguardando en la primera sala de espera que encontró.

Nada más verlo, Julia se lanzó a sus brazos, respirando hondo el aroma de su perfume.

— Ya está, bella... Ya estamos a salvo — murmuró con calma, mientras la aprisionaba entre sus músculos de manera cariñosa.

Ella alzó la cabeza, aún con los ojos acuosos y la tensión acumulada en su cuerpo.

— ¿Y la pistola? — susurró en voz baja para que nadie pudiera escucharla.

Elías sonrió al pensar en lo mucho que aquella chica había cambiado.

Recordó a la mujer que tiempo atrás había conocido y fue incapaz de imaginársela preguntando por una pistola o desenvolviéndose en una huida. Julia había demostrado una valentía que él jamás hubiera imaginado que albergaba en su interior cuando la conoció.

— ¿De verdad te creías que me iba a meter en un aeropuerto con una Glock en la cintura? — respondió, sonriente.

Julia no pudo evitar soltar una risita de alivio.

En realidad, no tenía gracia en absoluto; pero estaban a salvo y tenía que liberar la tirantez de alguna manera.

— ¿Dónde está?

Él la liberó del abrazo y echó a caminar al frente. Tenían poco tiempo y el embarque había sido anunciado.

— Me deshice de ella nada más salir del hotel.

Llegaron justo a tiempo para la última llamada de embarque. Cuando Julia atravesó el control de subida al avión, con el pasaporte en mano, volvió a notar la sensación de angustia oprimir su pecho. Pero, por suerte, nada les retuvo en tierra y veinte minutos después de mostrar ambos pasaportes se encontraban surcando los cielos rumbo a México.

Elías había realizado una llamada desde una de las cabinas del aeropuerto y todo estaba organizado para su llegada. Un coche blindado les estaría esperando para recogerles y, además, había ordenado que se doblase — o triplicase — la seguridad de la mansión. Escuchó la respiración agitada de Julia, que se había quedado dormida sobre su regazo, y se preguntó si estaría teniendo una pesadilla. Rezó porque no fuera así y decidió no despertarla.

En los últimos días, habían vivido situaciones demasiado intensas y sabía que el estrés acumulado podía llegar a ser peligroso. Además, hacía muchísimo que Julia no descansaba como era debido y le daba pena despertarla...

Sabía que las preocupaciones que ambos sentían distaban de parecerse. Julia temía por la seguridad y el riesgo que corrían y él en cambio, sentía auténtico pánico por el instante en el que le tocaría revelar la realidad. La distancia entre ellos y México cada vez se acortaba más y sabía que, tarde o temprano, Julia saltaría exigiendo las explicaciones que él le había prometido. Pero, ¿por dónde debía comenzar? ¿Qué debía contarle y qué no? ¿Con cuánto sería suficiente? Desde niño, Elías había visto todo tipo de barbaries que, para el resto, no eran para nada fáciles de digerir. Julia había confiado en él y se había arriesgado saltando ciegamente al vacío, sí, ¿pero acaso no la mantendría más a salvo en la ignorancia?

Las luces del avión se habían apagado y el gentío que viajaba junto a ellos se encontraba sumido en un plácido silencio. Elías observó una vez más a Julia; se había acurrucado sobre su regazo y dormía plácidamente, ajena a todo lo que la rodeaba. Parecía estar bastante más delgada que la vez que la había visto coger la maleta y salir por la puerta, pero no era de extrañar después de toda la acción vivida. Los mechones ondulados le caían por el rostro tapando sus ojos, sus labios húmedos y carnosos y la respiración aún agitada, con el pecho bajando y subiendo constantemente. Colocó la manta de la aerolínea por encima de su cuerpo y la miró por última vez, mientras se preguntaba a sí mismo cómo algo tan sencillo podía resultarle tan hermoso a la vez. Era perfecta, totalmente perfecta.

Acarició su rostro con delicadeza, mientras recreaba la imagen de su madre. Inevitablemente, algún rasgo de Julia le obligaba a recordar su recuerdo inundando su interior con cierta añoranza. No sabía lo que era, pero tenía algo..., algo distintivo.

A su vez, aquel sentimiento de añoranza era acompañado por una rabia sin igual. Elías nunca había estado demasiado unido a su padre e, incluso, en

ciertos momentos de su vida había llegado a odiarlo; pero con su madre había sido diferente. La había querido con locura, la había idolatrado y adorado con todo su alma hasta que se la arrebataron.

La imagen de la última noche golpeó sus recuerdos con fuerza.

Fuera de la mansión, llovía. Había comenzado a descargarse una tormenta caribeña con fuertes vientos y Elías no podía dormir. Cuando descendió a la planta baja, encontró a su madre despierta leyendo un libro bajo la tenue luz del salón.

Cruzaron una mirada cómplice y ella sonrió. Aunque físicamente no se parecían demasiado, Elías había heredado la misma personalidad que ella y en algunos matices, se asemejaban en exceso.

— Tú tampoco puedes dormir, ¿verdad?

Él asintió y se sentó a su lado.

Ninguno de los dos temía las tormentas, incluso todo lo contrario.

A Elías le relajaba observarlas, escucharlas y examinarlas. Sentía que, de alguna manera, estaban vivas y tenían decisión propia de ser. Le gustaba contemplar los árboles agitando sus ramas mientras las nubes descargaban la tempestad sobre ellos. El viento soplando, creando una melodía que silbaba en cualquier esquina anunciando su presencia.

Su madre cerró el libro y lo colocó sobre el regazo.

— ¿Has hablado con tu padre?

Elías negó. Hacía meses que no se dirigían la palabra.

— ¿Cuándo volverás a marcharte? — insistió, con la mirada impregnada en tristeza.

— No te preocupes por eso, mamá. Aún me queda una semana de vacaciones y tenía pensado pasarla aquí.

La universidad había sido una gran decisión y la única opción de alejarse de todo aquello que rodeaba su apellido. Odiaba aquel lugar, pero siempre regresaba para estar junto a ella.

Elías se acercó hasta su madre y le besó la frente con ternura, al igual que ella le había besado a él cuando era un niño.

— Voy a dar un paseo — anunció — , procura dormir, mamá.

Ella asintió tiernamente y volvió a abrir el libro por la página en la que lo había cerrado.

— ¡Elías! — le llamó, mientras éste cerraba la puerta del salón — , él siempre estará orgulloso de ti.

No añadió nada más, pero sabía de sobra a qué se refería.

Su padre siempre había intentado inculcarle los mismos valores que él poseía, pero la educación que su madre le había dado, repleta de amor y ternura, le habían guiado en una dirección totalmente opuesta. A veces, Elías no podía evitar preguntarse cómo era posible que sus padres estuviesen juntos. ¡Eran tan diferentes...! Suponía, en aquellos instantes, que el fondo seguían enamorados. Pero tampoco estaba seguro, puesto que no hablaban demasiado — al menos no en público — .

Salió al exterior y el viento azotó su rostro. Las palmeras se balanceaban de un lado al otro mientras el instante en el que le confesaba a su padre que se marchaba de casa para ir a la universidad aparecía en su mente. “¡Qué poco orgulloso me haces sentir...!” , había respondido. Aquella había sido una de las últimas conversaciones que habían mantenido, si así las podías llamar.

Caminó por los jardines mientras la lluvia empapaba su cuerpo y los rayos centelleaban sobre su cabeza. Tenía el cronómetro del reloj de su muñeca activo y bajó la mirada hacia él: 10:34:22. Tenía la extraña costumbre de cronometrar las tormentas; una manía que se había consolidado con el paso de los años.

Mientras dejaba atrás la seguridad y la protección de la mansión y abandonada los límites de la misma, pensaba en Rebeca, una joven de su clase que había conocido hacía poco.

Era tímida y introvertida, pero tenía un *je ne se qua* que a Elías le volvía loco. Además, se negaba a concederle una cita y eso parecía motivarlo aún más.

El frío comenzó a traspasar su piel y a introducirse en sus huesos. Revisó el reloj; 28:54:12. Los rayos habían dejado paso a los truenos y todos los fenómenos naturales parecían mezclarse en el firmamento en una danza de sonido y luz. Decidió que había llegado el momento de regresar, ya que a la tormenta parecía faltarle poco para alcanzar su final.

El camino de regreso lo hizo a paso ligero y, para cuando volvió a introducirse en los límites de la mansión, la tormenta ya había alcanzado su fin.

Aunque su alrededor estaba totalmente sumido en la calma, un mal palpito se clavó en su interior. Era la primera que sentía algo similar y no supo identificarlo.

Caminó por el paseo trasero que unía el hangar con los jardines; la verja de electricidad estaba en construcción por aquel entonces y Elías no pudo evitar pensar que toda aquella parafernalia con la que su padre se empeñaba el fortalecer la casa no era más que un despilfarro de dinero. En realidad, sentía que tenía tantísimo, que ni siquiera sabía en qué gastarlo.

Escuchó el sonido confuso de una radio sin señal provenir desde detrás de los arbustos. Le había costado identificarlo, porque sonaba igual que una televisión que no lograba sintonizar un canal. Se acercó hasta ellos y los rodeó. Elías se quedó mudo; no podía creer lo que sus ojos veían. El cadáver de uno de los guardias de su padre se encontraba tendido en el suelo, con el cuello degollado. La sangre se esparcía y encharcaba la camiseta blanca del hombre, tiñéndola de un negro rojizo y mezclándose con el agua de la lluvia. A sus veintidós años, no era el primer cadáver que veía, aunque sí el que más de cerca examinaba. Caminó unos pasos más al frente, tapándose la boca con la mano. ¿Pero qué demonios le había pasado? Era Pedro, uno de los hombres de confianza de su padre. Llevaba trabajando para los Castro desde que tenía conciencia y nunca les había fallado. ¿Quién le había hecho aquello?

Al principio pensó que podía tratarse de una riña interna con algún otro empleado. Su padre tenía la costumbre de decir aquello de “lo que con sangre empieza, con sangre se vengá”, y en más de una ocasión las discrepancias internas habían terminado con varios muertos sobre las tierras de los Castro pero...

Agarró el walki – talkie y apretó el botón lateral.

— Enrique, ¿estás ahí? — preguntó, inseguro — . Corto.

El sonido del canal sin sincronización volvió a repetirse.

— Tato, ¿me oyes? — insistió — . Que alguien me responda inmediatamente.

Aunque era la primera vez que utilizaba uno de esos trastos, sabía que la línea estaba sincronizada en todos los aparatos para que el personal de seguridad estuviera siempre conectado entre sí. Cuando no obtuvo respuesta, comenzó a preocuparse y, varios minutos después la imagen de su madre leyendo un

libro en el salón estalló en su cabeza.

Soltó el aparato y lo dejó caer al suelo mientras echaba a correr hacia la mansión. Los siguientes minutos los recordaba confusos, como si estuvieran suspendidos en el aire. Elías no lograba evocar qué era lo que pensaba mientras movía un pie detrás del otro, simplemente rememoraba el instante en el que entró en la mansión con el temor latiendo en su corazón. Pasó por el pasillo y lo primero que hizo fue revisar, de reojo, la biblioteca y el salón en busca de ella. Como allí no había nadie, decidió ascender con rapidez a la planta de arriba.

El cadáver de su padre yacía en las escaleras, tiroteado, y la sangre se esparcía a doquier manchando las blanquecinas paredes. En aquel momento no derramó ni una lágrima, ni siquiera comprobó el pulso de su padre. Pasó por encima de él sin tocarlo y corrió a las habitaciones. Abrió una puerta detrás de otra, esperando encontrar a su madre en alguna de ellas, pero todas estaban vacías. Pensó que, tal vez, había logrado huir de los asesinos, pero decidió volver a revisar cada esquina por última vez. Cuando bajo a la planta de abajo, recogió el arma que yacía junto al cadáver de su padre.

Sabía cómo se debía utilizar porque, de adolescente, su padre le había obligado a hacer tiro y a utilizarlas. A los dieciséis años se plantó y se negó a volver a tocar una pistola y aquel fue el principio del distanciamiento que poco después se terminaría de consolidar como algo habitual.

Abrió de nuevo las habitaciones de la planta baja y revisó cada habitáculo uno por uno. No había rastro de su madre, así que las opciones eran escasas. Sentía la ansiedad aumentando poco a poco y comenzó a impacientarse.

Se acercó hasta el salón con pasos temblorosos y, entonces, la vio.

Debía de haberse intentado esconder detrás del sofá, porque su cuerpo se

encontraba encajonado entre éste y el mueble del teléfono. Aunque no podía ver su cuerpo con totalidad, la sangre que se colaba bajo el sofá encharcaba la alfombra por completo.

Elías contuvo una arcada sin éxito y vomitó entre sus rodillas mientras se deshacía en un mar de lágrimas.

Aunque conocía poco de los negocios que su padre se había traído entre manos, sabía lo suficiente para ponerle rostro y nombre al asesino...

Lo único que pensaba mientras se concentraba en el silencio de la mansión era en la voz de su padre retumbando en su interior: lo que con sangre comienza, con sangre se vengará...

3

—¡ Despierta, Elías...!

La voz de Julia lo trajo de vuelta a la realidad.

Ella lo examinó unos segundos y, cuando se aseguró de su bienestar, le besó los labios. Tan sólo apoyó los suyos contra los de él, pero aquel pequeño y tierno gesto fue suficiente para que la excitación comenzara a invadir sus entrañas.

Suspiró hondo y exhaló lentamente el aire de sus pulmones procurando relajarse; no era el momento.

— Has tenido otra pesadilla — le explicó.

Él asintió.

— Estoy bien — respondió, aún adormecido, mientras procuraba ubicarse.

Aunque nunca le explicaba qué era lo que agitaba tanto sus sueños, Julia sospechaba que todo estaba conectado a los psicópatas que los habían perseguido por medio Madrid.

Elías se incorporó con lentitud y sonrió, reafirmando su última frase.

— ¿A cuánto estamos?

Julia alzó la mirada hacia los botones que tenían sobre ellos y Elías comprobó que la señal luminosa del cinturón se encontraba encendida.

— Hemos comenzado el descenso — explicó.

Desvió, instintivamente, la mirada hacia el cinturón para asegurarse de que se encontraba abrochado. En efecto, así era.

Se tensó, aún con los recuerdos a flor de piel, mientras Julia se acurrucaba sobre su hombro. ¿Cómo iba a explicarle todas las atrocidades que había vivido? ¿Cómo iba ella a entender por qué se había convertido en la persona que era? Y lo peor de todo, lo que más le inquietaba: ¿decidiría ella quedarse a su lado aún sabiendo toda la verdad?

Notó una sensación de vértigo recorrer su estómago cuando el avión comenzó a perder altura. El alivio no tardó demasiado en llegar al comprender que, en muy pocos minutos, volvería a ser intocable. Si de algo se había preocupado era de mover los contactos suficientes y de mantenerse rodeado de una seguridad total para que nadie indeseado pudiera acercarse a él, y sus enemigos lo sabían muy bien. Después de pisar tierra firme, Julia estaría a salvo.

Ella alzó la mirada mientras el piloto anunciaba por el telefonillo que se disponían a aterrizar y les recordaba que la temperatura era de veintisiete grados centígrados y demás datos insignificantes. El avión tocó tierra y se deslizó por la pista mientras los pasajeros aplaudían con emoción.

Por fin se encontraban de vuelta en México.

4

Caminaron a paso ligero por el aeropuerto, con prisas.

Nada más pasar el control de entrada al país, Elías encontró a varios hombres de confianza esperándoles y logró relajarse. Para entonces Julia ya había olvidado — o asimilado — todo lo que había vivido aquellos últimos días en Madrid. Por alguna razón, su cabeza procesaba los últimos sucesos como “normales”, cosa que le preocupaba bastante cuando lo pensaba con detenimiento.

Se subieron al coche blindado pero no arrancaron hasta que los hombres de Elías revisaron los alrededores del aeropuerto. Si había alguien esperándoles allí, lo encontrarían, fuera quién fuere.

Julia no podía creer que su novio hubiese sido capaz de preparar todo aquello. No sólo iban rodeados de guardaespaldas en un coche blindado, si no que, además, otros tres vehículos los mantenían acordonados constantemente, sin perderles un solo segundo. Aunque sabía que sus persecutores no se andaban con tonterías, en el fondo sentía que Elías era más que suficiente

para mantenerla protegida; se valía muy bien por sus propios medios.

Cuando el vehículo se detuvo en la entrada de la mansión, sintió que por fin alcanzaba su hogar. Aquella sensación de bonanza y de seguridad que sólo allí era capaz de sentir...

Elías se bajó primero del coche y alargó el brazo para tenderle la mano. Ella aceptó la ayuda y se bajó del todoterreno con una sonrisa de oreja a oreja en el semblante.

— Hogar dulce hogar... — murmuró con felicidad.

Él, que tampoco podía evitar sentirse dichoso por haberla recuperado, la alzó en sus brazos y la elevó, dejando sus rostros a la par. Julia se lanzó a sus labios, buscándole apasionadamente mientras el deseo aumentaba y una carga de electricidad se formaba entre ambos cuerpos.

— No seas traviesa — susurró en su oído, evitando que sus hombres pudieran escuchar la conversación — , aún tengo que organizar ciertas cosas antes de estar libre.

— ¿Y luego estarás disponible? — inquirió juguetonamente.

Elías rió en voz alta y asintió.

— Después seré todo tuyo.

Mientras ella subía a la habitación para ducharse y relajarse, Elías terminó de organizar la seguridad de la mansión. Había puesto un hombre por cada esquina y había avisado a todo el personal de un posible atentado contra la finca. Todos parecían haberse tomado sus tareas muy en serio, así que, con la verja eléctrica activa y las cámaras de seguridad registrando cualquier

movimiento sospechoso, subió al dormitorio para reencontrarse con Julia.

Si debía ser sincero, se sentía exhausto y notaba una extraña sensación de somnolencia constante, como si llevase días sin dormir.

La encontró tumbada en la cama, envuelta en un albornoz y con el pelo mojado sobre la almohada. No estaba dormida, porque al escuchar la puerta golpeando el marco al cerrarse sonrió, pero mantuvo los ojos cerrados mientras abrazaba un cojín. A Elías le pareció que también se encontraba realmente agotada, al igual que él.

Se quitó los zapatos, los calcetines, los pantalones y la camiseta. Se quedó en bóxers y se deslizó entre las sábanas hasta quedar tras su espalda. Rodeó su cintura con un brazo y pasó el otro por debajo de su cabeza mientras aspiraba lentamente su aroma para impregnarse de él.

— ¿Puedes repetir lo que has dicho nada más bajarte del coche?

Ella, aún con los ojos cerrados y de espaldas a él, frunció el ceño a pesar de que Elías no la veía.

— ¿Lo que he dicho? — preguntó, dubitativa, sin saber a qué se refería.

— Sí, lo primero que has dicho al llegar aquí...

Intentó recordar aquel instante mientras Elías deslizaba el albornoz y lo dejaba caer por debajo de su hombro. Acercó más su cuerpo al suyo y besó con suavidad la clavícula aún húmeda de Julia.

— ¿Hogar, dulce hogar?

No estaba segura de si se refería a eso.

Él asintió con la cabeza. Aunque no le veía, notó el movimiento tras ella.

— Me encanta saber que éste es tu hogar — explicó, mientras continuaba besando delicadamente su hombro, su brazo, su nuca y su espalda — , y que siempre lo será.

Al pronunciar aquellas palabras, sintió la angustia invadir su cuerpo. Todavía tenían una conversación pendiente y rezó porque Julia no le exigiera las explicaciones en aquel instante.

Para su sorpresa, ella se giró hasta quedar sobre su él a horcajadas y sonrió.

— Tienes razón, mi hogar siempre estará donde tú estés.

Elías le devolvió la sonrisa mientras introducía una mano por debajo del albornoz.

Deshizo el nudo que lo mantenía cerrado y lo abrió delicadamente. Julia, sentada sobre él, deslizaba con ternura sus manos a través del torso desnudo de Elías mientras éste, poco a poco, comenzaba a desvestirla.

Él alzó sus manos y tiró del albornoz para que cayera, dejando el cuerpo perfecto de la mujer que amaba expuesto ante él.

Sus pechos, sus caderas, su piel suave...

Agarró su mano y la llevó a su boca para poder besarla. Ella se inclinó sobre él, provocando que sus pezones rozaran el pecho de Elías. Mordió su labio inferior y después abrió la boca permitiéndole acceder a ella. Elías la siguió, moviendo su lengua junto a la de Julia mientras notaba los movimientos inconscientes que ella hacía con la cadera a medida que la excitación entre ambos aumentaba.

Julia sintió el pene de Elías endurecerse bajo ella, creciendo con rapidez. Mientras el beso se alargaba, sintió el deseo porque la hiciera suya crecer en

su interior. Se apartó con brusquedad, liberándole a él de la presión de su cuerpo para quedar tumbada sobre la cama. Elías la miró de arriba abajo, con pasión.

— Eres lo más perfecto que he visto jamás, ¿te lo he dicho? — musitó, mientras se inclinaba sobre ella para poder besarla.

Primero besó su frente, después su nariz, sus labios, su cuello, su clavícula, y fue descendiendo suavemente mientras Julia reía con nerviosismo. Él, de mientras, deslizaba la yema de un dedo por todas las esquinas de su cuerpo, pero sin detener el reguero de besos que le propinaba.

Notó el cuerpo de Julia agitarse bajo su contacto, mientras el calor que sentía con tan sólo observarla ascendía cada vez más rápido.

— Ven aquí... — ronroneó ella, estirando los brazos y rodeando su cuello para atraerle hasta su boca.

Él negó, rozando los labios de Julia con los suyos mientras acariciaba su nariz. Se zafó de sus brazos y continuó descendiendo en una escalera serpenteante de besos hasta alcanzar su sexo. Se colocó entre sus piernas y cuando rozó sus labios vaginales con la lengua notó la humedad de Julia, excitada y preparada para él.

Comenzó lamiéndola suavemente hasta dar con su clítoris. Lo succionó y lamió, como sabía que a ella le gustaba, mientras sentía bajo él las piernas de Julia agitándose de placer, sin poder contenerse.

Subió de nuevo lentamente hasta su boca y la besó, compartiendo con ella el sabor de su sexo mientras se retiraba los bóxers para clavarse en su interior. Julia gimió ante el contacto repentino y duro, fuerte y directo. Rodeó con ambos brazos el tronco musculoso de Elías, clavando las uñas contra su espalda mientras él continuaba atravesándola en cada embestida. Sentía el

placer ahogando su interior, asfixiándola como un torbellino de llamas. Se lanzó a su cuello y lo lamió con suavidad hasta alcanzar el lóbulo de su oreja; lo mordió y besó, mientras Elías continuaba entrando y saliendo, cada vez más fuerte, clavándose más en su interior.

— No vuelvas a marcharte... — murmuró, desesperado, sin poder ocultar los gemidos del placer que sentía.

Ella no fue capaz de responder.

Se sentía embriaga y hechizada; el calor que sentía continuaba creciendo, sofocándola.

Elías se apartó de improvisto y agarró a Julia con ambas manos por la cadera; de un golpe, la giró sobre su propio cuerpo dejándola de espaldas a él. Resopló en su nuca antes de besarla y contempló cómo se le erizaba la piel de todo su cuerpo.

Rozando con su nariz la piel desnuda de su espalda, fue descendiendo mientras aspiraba el aroma del gel de ducha que utilizaba, hasta alcanzar su trasero. Le mordió una nalga antes de retirarse y separó ambas con un dedo para descenderlo hasta su húmedo orificio. La penetró, primero con uno y después con dos. Estaba tan húmeda, tan excitada... Y él comenzaba a volverse loco de placer. Contemplaba la espalda arqueada de Julia, con la melena castaña cayendo por encima de sus hombros, aún mojada, goteando sobre ella.

Elías colocó la mano abierta sobre su espalda y presionó para mantener el cuerpo de Julia tumbado sobre el colchón mientras retomaba las embestidas que había detenido. La aprisionó con fuerza bajo él, controlando su cuerpo por completo. Cuando vio que ésta no se movía de la posición en la que la había colocado, pudo retirar la mano para sujetar sus caderas. Entraba y salía

con fuerza, clavándose con todas sus ansias en su interior, buscando el alivio al fuego salvaje que ascendía por sus entrañas mientras movía las caderas de Julia hacía él y apretaba sus nalgas enrojecidas. Introdujo un dedo en su orificio anal y lo mantuvo unos segundos ahí hasta que la escuchó gemir de placer.

Julia arqueó la espalda y se incorporó levemente mientras notaba cada articulación de su cuerpo temblar, descontrolada. Elías volvió a tumbarla con la mano que le quedaba libre, mientras que con la otra seguía jugueteando en su trasero. Sacaba y metía el dedo en su interior mientras las embestidas continuaban... Una, dos, tres, cuatro... más fuertes y rápidas, más bravías, más brutales...

Cuando no pudo más, estalló en placer y sintió cómo su cuerpo se relajaba de un plumazo. Elías aumentó el ritmo y no pudo evitar sentir una mezcla de placer y dolor arremolinándose en sus entrañas. Unos segundos después, alcanzó el éxtasis y se dejó caer sobre ella.

Se retiró con suavidad para evitar dañarla y volvió a abrazarla de la misma manera que lo había hecho nada más llegar a la habitación.

Julia, que aún tenía la respiración agitaba, liberó una risita de felicidad y se pegó más al cuerpo de Elías, sintiendo el calor que emanaba junto a ella.

— No me marcharé... — murmuró, embriagada por el instante.

5

Elías sentenció que aún no era totalmente seguro salir de la mansión.

Como no podían cenar en el barco ni acudir a un buen restaurante, decidieron organizar una velada especial en el porche trasero para disfrutar de la llegada y celebrar el regreso de ambos.

Julia revisó su armario, que continuaba en el mismo estado que cuando lo había abandonado. Cada prenda, cada complemento y cada joya continuaban en el lugar que les correspondía; cosa que, inevitablemente, la agradó.

Se había colocado un tanga y un sujetador de encaje negros que Elías le había regalado hacía tiempo; supuso que, después de cenar, no le durarían demasiado tiempo en el cuerpo.

Revisó con parsimonia los vestidos e, indecisa, se sentó en la cama. ¿Cómo era posible que tuviera tantísima ropa? Jamás, hasta entonces, había sido una mujer materialista; pero no podía negar que Elías la tenía muy mal acostumbrada y, sobretodo, muy mimada. Cuando la puerta se abrió, se giró hacia ella y saludó al hombre que amaba con una débil sonrisa.

Él se sentó a su lado y contempló el armario con una sonrisa traviesa.

— ¿Qué pasa? — le preguntó ella, sin quitarle el ojo de encima.

— ¿No sabes qué ponerte? — inquirió él, sin dejar de sonreír.

Julia asintió, mientras exhalaba lentamente el aire de sus pulmones. Quizás el problema radicaba en las tantísimas opciones que tenía.

— Con dos vestidos en el armario esto no pasaría.

Elías se levantó, se acercó al armario y, aún sonriente, extrajo una caja de cartón del fondo de las chaquetas.

Julia lo examinó sorprendida, sin entender qué hacía. Él, simplemente, se acercó hasta ella, le besó la frente y, sin borrar la sonrisa de sus labios, colocó la caja sobre su regazo antes de abandonar la habitación.

No pudo evitar soltar una pequeña risotada cuando abrió la caja y encontró un vestido de noche color verde esmeralda, con unos encajes en los hombros y una cola que quedaba arrastrada por varios centímetros. Se vistió y se observó en el espejo, preguntándose cómo era posible que tuviera aquel detalle con ella si acababan de llegar. ¿Acaso se lo había encargado comprar a alguno de sus empleados? ¿O lo había tenido ahí, oculto, incluso antes de que ella le abandonase?

Sin poder responderse a aquella pregunta, se maquilló superficialmente y de manera natural, se recogió el cabello sobre la nuca y liberó un par de mechones sobre su rostro antes de bajar abajo para reunirse con él.

Alguna de las empleadas del hogar había decorado el porche con antorchas y velas dotándolo de un aura muy romántica. La mesa, cubierta con un mantel blanquecino, esperaba con una botella de vino blanco en una cubitera.

Julia se acercó a ella y deslizó el dedo índice por la superficie mientras inspeccionaba su alrededor. Todo era precioso. El jardín, tan tranquilo y tan verde con aquellas flores azuladas, la piscina con su calma y su agua cristalina, las antorchas que rodeaban el lugar... Debía admitir que Elías se

había esmerado por impresionarla, al igual que al principio de la relación. Escuchó un sonido tras ella y no pudo evitar sobresaltarse; pero cuando se giró, comprobó que tan sólo se trataba de Elías y su cuerpo se relajó instantáneamente.

Él se acercó con paso firme y retiró una de las sillas para que Julia tomara asiento. Antes de rodear la mesa, besó fugazmente sus labios y le susurró un “te quiero”.

Julia se preguntó sí todo aquello que había organizado no era más que una distracción para librarse de dar las explicaciones pertinentes y prometidas. Desde luego, ella esperaba que tuviesen lugar en aquel instante y no esperaba estirar más el momento sin exigir las...

— ¿A qué viene todo esto?

Elías volvió a sonreír de la misma manera que lo había hecho en la habitación antes de entregarle la caja con el vestido.

— Hay langosta para cenar — explicó —, la ocasión merecía un poco de parafernalia.

— Eso me parecía a mí que era... — contraatacó, fingiendo enfurruñarse —, ¡parafernalia!

Elías soltó una risita nerviosa.

Por mucha calma que procurase aparentar, en el fondo temblaba. El nerviosismo por aquello que iba a relatar era inevitable, aunque no quería perder el control de la situación.

— No voy a librarme, ¿verdad? — bromeó.

Ella negó rotundamente con la cabeza, muy seria.

Sabía que después de que escuchase la verdad cabía la posibilidad de perderla; pero también sabía que si no decía nada la perdería de todas maneras.

— No sé por dónde empezar, Julia...

— ¿Por qué no empiezas por la muerte de Carlos? — señaló, guiándole.

Necesitaba saber qué era lo que había ocurrido con él.

Con el tiempo Carlos había terminado convirtiéndose en un buen amigo para ella y le dolía no conocer qué era lo que realmente había ocurrido con él.

Elías asintió mientras los recuerdos golpeaban su mente. No sabía cómo ordenar sus ideas, pero comenzó de la mejor manera que pudo.

— Carlos murió asesinado por los mismos hombres que nos atacaron en Madrid.

Julia dudó.

Estuvo a punto de continuar interrogándole, pero al final, optó por guardar silencio y permitirle a Elías llevar su propio ritmo sin presión.

— Esos hombres trabajan para alguien muy poderoso... — dijo, en voz baja, con la mirada perdida en la lejanía — . Para el mismo que asesinó a mis padres.

Observó cómo tensaba el brazo, apretando la mano con fuerza en un puño. Julia estiró su brazo por encima de la mesa y le acarició, intentando así devolverlo a la realidad.

— Gustavo Armando Mendoza, más conocido como “El gallo”. Es el patrón del cártel de Sinaloa, y posee una de las mayores organizaciones del narcotráfico de todo México. Un psicópata que no atiende a razones y que

disfruta con el sufrimiento ajeno...

Julia no podía creer lo que estaba escuchando. Sintió que se quedaba sin voz y tuvo que carraspear para poder responder.

— Elías..., qué... ¿qué tiene que ver ese hombre contigo?

Él negó lentamente mientras meditaba en su interior.

— En realidad, nada. Aunque sí que tuvo algún que otro negocio con mi padre — explicó —. Cuando mi padre emigró a México y comenzó a desenvolverse entre los cárteles, no era nadie. No tenía poder ni contactos para mover las mercancías, no tenía a nadie que le protegiera o le apoyase en sus decisiones. Poco a poco fue desenvolviéndose hasta que lo nombraron Patrón y con los años fue adquiriendo un poder que ni siquiera él imaginaba. Yo veía las cosas, Julia, y te aseguro que nunca resultaban de mi agrado. Por mucho que nos intentase ocultar sus negocios, era evidente que no era trigo limpio. Mi madre hacía de oídos sordos y de tripas corazón porque, en realidad, lo amaba y odiaba tener que valorar la idea de dejarle.

Elías hizo una pausa para respirar hondo, aún con la mirada perdida en la lejanía.

— Pero ella siempre quiso que yo tomara mis propias decisiones. Cuando mi padre se dio cuenta de que yo odiaba todo este mundo, me dejó de lado. Le repugnaba tener un hijo tan poco hombre como yo lo era, pero mi madre continuó apoyándome en cada paso que avanzaba en dirección contraria a él. Cuando El Gallo asesinó a mis padres yo no vivía aquí, pero aquella noche había acudido a visitarles — tomó un sorbo de la copa de vino y continuó —. No sabía qué era lo que mi padre se traía entre manos con él ni lo he llegado nunca a saber, aunque sospecho que el ataque tan sólo tuvo lugar por el éxito que estaba cosechando. El Gallo continuaba perdiendo clientela muy

importante porque mi padre era capaz de organizar las rutas y sacar el producto en muchísimo menos tiempo y tenía que cortar con aquella situación cuanto antes.

Julia no podía creer lo que estaba escuchando.

Se encontraba sumida en una especie de shock y, aunque intentaba comprender la historia y escuchar, no lograba atar todos los cabos que Elías le relataba; ni siquiera entenderle.

— ¿Por eso les asesinaron? — murmuró en voz baja, casi para sí misma, con un hilillo de voz.

Elías asintió en silencio.

— ¿Y tú? ¿Dónde estabas?

— Había salido fuera, cuando regresé encontré muertos a los hombres de seguridad y a mis padres.

Ahogó un grito de espanto, sin poder creer lo que estaba escuchando.

— ¿Y qué estás haciendo, Elías? — preguntó, mientras las lágrimas estallaban.

No entendía nada; no podía entenderlo.

Entonces, ¿qué era lo que estaba ocurriendo? ¿Por qué habían asesinado a Carlos? ¿Por qué Elías estaba metido en todo aquel asunto después de haber vivido la pérdida de sus padres?

— La rabia me consumía... Mi madre, que siempre...

Guardó silencio, buscando las palabras y controlándose.

Julia clavó la mirada en sus ojos acuosos y supo que Elías se estaba conteniendo.

A su alrededor, las antorchas titilaban chispeantes y el ambiente se encontraba sumido en una calma total. No sabía si los empleados habían intuido que lo mejor era no interrumpir la conversación o si Elías les había dado un previo aviso, pero estaban solos y nadie les molestaba.

— Ella siempre fue buena, Julia, ella jamás tuvo nada que ver en esto. Decidí quedarme hasta averiguar quién estaba detrás de los asesinatos y el por qué de los mismos y poco a poco me vi cada vez más metido en todo. Los hombres que le guardaban lealtad a mi padre pasaron a estar bajo mis órdenes, heredé un buen patrimonio y todos los lujos que mi familia había adquirido. Cuando quise darme cuenta, ya era tarde. Estaba obsesionado con El Gallo y no pensaba en otra cosa.

Julia seguía sin entender nada.

— ¿Y Carlos...?

Elías suspiró a modo de respuesta.

— Aunque tengo dos personas infiltradas en el cártel de Mendoza, la protección que siempre le rodea es extrema. Él siempre se mantiene a salvo y nunca se involucra en los asuntos, así que el tiempo ha ido pasando y la venganza se ha enfriado con él. Carlos fue quien me abrió los ojos y me ayudó a salir adelante, ayudándome a crecer y ganar poder.

— ¡Por Dios Elías, vete al grano! — exclamó, fuera de sí, sin entender nada — . ¿Por qué nos persigue esa gente? ¿Por qué han matado a Carlos si tú no les has hecho nada?

— Porque he ganado poder, mucho más que el que mi padre tuvo jamás

— explicó en voz baja — , y ahora tiene que librarse de los cabos sueltos que no amarró en su día.

Cuando quiso darse cuenta, se encontraba llorando y le temblaba el cuerpo. No podía creer todo lo que Elías le había relatado, no podía imaginarlo metido en asuntos tan turbios y en temas de drogas, de cárteles y de narcotraficantes. ¡Por Dios! Ella, que siempre había imaginado que esas cosas tan sólo existían en las películas de acción...

Y entonces..., ¿qué ocurría ahora? Quería preguntárselo en voz alta, pero la pregunta se perdía en algún lugar de su interior. ¿Qué tenía pensando hacer? ¿Continuar como hasta el momento, esperando el instante en el que los asesinasen?

— Voy a dejarlo, Julia — susurró en voz baja, aunque más bien parecía que se lo decía a sí mismo.

Ella le miró, sin poder creer lo que había dicho.

— Voy a dejarlo por ti, porque te he encontrado y porque te amo por encima de todo en este mundo — continuó, clavando la mirada en sus ojos — , pero antes tengo que hacer una última cosa.

— No te en..., entiendo..., Elías... — tartamudeó, confusa, sin ocultar el llanto.

Él estiró el brazo por encima de la mesa y acarició su mejilla, secando las lágrimas que se deslizaban silenciosas.

— Voy a matar a Armando Eduardo Mendoza, voy a vengar la muerte de mi madre de igual manera que vengaría tu muerte si fuera necesario y después dejaré todo, Julia. Lo dejaré por ti — prometió — . Y nos marcharemos lejos, a donde tú quieras.

No podía creer lo que escuchaba y tampoco lograba controlar sus emociones mientras él continuaba hablando.

— Tengo el suficiente dinero para comenzar la vida que tú quieras y vivirla el resto del tiempo que nos quede. Jamás tendremos que preocuparnos por nada ni por nadie...

Intentaba procesar toda la información que había recibido en los últimos minutos, pero era incapaz.

Las palabras se repetían una detrás de otra “narcotráfico, cárteles, asesinatos, mercancías, poder...” y por mucho que procurase ordenarlas no les encontraba ningún sentido.

Sabía que Elías le había contado la verdad — o al menos buena parte de ella — , pero no lograba comprender su manera de actuar.

No fue consciente de que se había levantado de la mesa y de que corría hacia el interior de los jardines de la finca hasta que no escuchó la voz de Elías resonando tras ella.

— ¡Julia! ¡Julia, por favor!

6

Elías aceleró el paso para alcanzarla pero se mantuvo a unos centímetros de distancia, dejándola su espacio.

Había sido la primera vez que narraba su historia en voz alta y, aunque había evitado entrar en los detalles más escabrosos, le había resultado difícil de explicar. Sabía que la situación era complicada pero... Había sido sincero. Y no sólo eso, sino que, además, estaba dispuesto a abandonar todo por ella. Estaba dispuesto a construir un futuro alejado de todo aquello que siempre había odiado. Aquel mundo había enfriado sus sentimientos y Julia había aparecido en su vida recordándole lo que significaba amar y querer a alguien plenamente. No podía perderla, no. De ninguna manera.

— ¡Julia, por favor, espera!

Ella continuaba caminando.

Los terrenos de la finca eran inmensos y, aunque estaban todos vigilados, no terminaba de fiarse ni quería dejarla sola en la oscuridad y en aquel estado de alteración.

Ella se giró hacia él con brusquedad y lo miró a los ojos.

— ¿Te das cuenta de lo que me has contado? — preguntó, elevando la voz un poco más de lo que pretendía — . ¿Te das cuenta de las barbaridades que estás diciendo?

Elías se encogió de hombros sin saber qué responder.

— ¿Venganza? — continuó ella, fuera de control — ¡Por Dios, Elías, escúchate! ¡Tu madre no va a regresar porque tú asesines a nadie y lo único que conseguirás con todo esto es que ambos acabemos con un tiro en la cabeza!

— Nadie te tocará...

— ¡PARA! — gritó, enfurecida — ¡Para y piensa lo que vas a decir porque no puedo soportarlo más!

Estaban en mitad de los terrenos, el uno frente al otro, a solas.

Elías había visto a un par de sus hombres paseando en las cercanías pero, supuso, que se encontrarían lo suficiente alejados a aquellas alturas.

Caminó un paso al frente, acortando la distancia que había entre ellos con inseguridad.

Julia continuaba llorando y él no sabía qué decir ni cómo actuar para calmarla. Caminó otro paso y, al ver que no se marchaba ni se alejaba, la estrechó entre sus brazos. Escuchó a Julia ahogar el llanto sobre su pecho y no la soltó. La aprisionó más, con fuerza, mientras rezaba para sí mismo por no perderla jamás.

— Tienes que dejar todo esto... — susurró en voz baja, aún con la voz llorosa — , tienes que dejarlo, Elías...

Él asintió con solemnidad, pero no dijo nada en voz alta.

— Hazlo por mí — continuó — , por favor. Vámonos de aquí, lejos... Regresemos a España y comencemos una vida de cero...

— En España no estaremos seguros, Julia.

— ¡Pues marchémonos a otra parte!

Ella apartó el rostro para poder mirarle. Quería valorar cómo de dispuesto se encontraba y si la hablaba en serio... ¿Realmente estaba concienciado a dejar todo de lado por ella?

— Podemos ir a Suiza, allí nadie nos buscará — respondió él con una sonrisa.

Había intentado hacerla reír, pero ella se mantuvo inamovible y se tomó su respuesta en serio.

— Suiza me parece un buen lugar para comenzar nuestra nueva vida — aseguró.

— Déjame acabar lo que he empezado y nos iremos, te lo prometo.

Elías colocó el dedo bajo su barbilla y alzó el rostro de Julia. Se miraron a los ojos varios segundos, manteniendo la tensión que se había formado entre ellos hasta que ella sacudió la cabeza en señal negativa.

— Olvídalo y ven conmigo, Elías... Olvídate de todo esto y comencemos una vida...

Apretó la mandíbula con fuerza mientras la rabia se acumulaba en su interior. Después de tantos años de sacrificio, de haber luchado tanto... ¿iba a marcharse dejándolo todo así? Además, la situación había cambiado e incluso, empeorado; Mendoza no sólo había asesinado a sus padres, también había acabado con la vida de Carlos y había intentado borrarlos del mapa a él

y a Julia. ¿Cómo podía olvidar aquello?

De repente, los labios de Julia rozaron los suyos, distrayéndolo de sus pensamientos.

— Por favor... — suplicó ella, mientras lamía sus labios — , por favor, Elías, déjalo todo...

Levantó las manos y rodeó el cuello del hombre que tenía delante.

Veía la confusión en su mirada, el dolor que sentía al recordar las pérdidas que había sufrido. Pero ella sabía que si continuaba con aquella misión suicida terminaría en la cárcel o, quizás, de una manera mucho peor: muerto.

Él negó lentamente con la cabeza y ella frenó su gesto con otro beso, mientras la pasión comenzaba a encenderse y la confusión que ambos sentían aumentaba.

— Vamos a construir una vida, tú y yo..., lejos de todo...

Al final, entre caricias, Elías asintió lentamente sin poder negarse.

— ¿De verdad? ¿De verdad estás dispuesto a renunciar a todo y comenzar de cero? ¿A olvidarlo?

— Lo haré — sentenció.

Ansiaba vengarse, ansiaba que los culpables de aquellas muertes tomaran de su propia medicina y fueran castigados por sus crímenes, pero quería a Julia y no podía perderla... Ella era su futuro, su vida, su corazón; y nada podía compararse con aquel sentimiento.

— ¿Lo harás? — repitió.

Elías pudo atisbar la inseguridad en su tono de voz.

— Lo haré — prometió, mientras rodeaba su cintura con ambos brazos para levantarla del suelo y besarla mejor.

La caricia se fue alargando y el beso comenzó a crear excitación.

Julia no dejaba de darle vueltas al asunto mientras su cuerpo buscaba a Elías. Iba a dejarlo todo por ella, iban a empezar de cero. Iban a emprender una nueva vida en común.

Recorrió su torso con la mano hasta llegar a su cintura. Él continuaba besándola... Mientras Julia descendía una mano hasta su cinturón, él ascendía otra hasta dar con sus pechos. El pronunciado escote en forma de V permitió que los liberase de la prisión del vestido. Julia escuchó la tela rajándose cuando Elías la retiraba, ansioso, y detuvo el beso unos instantes.

— Te compraré otro vestido — aseguró él, mientras volvía a buscar sus labios y su lengua.

Ella sonrió débilmente y continuó desabrochándole el cinturón y después el pantalón. La prenda cayó al suelo y Elías liberó un pie y después el otro, caminando al frente y empujando a Julia contra él.

— Me gustaba este vestido...

Elías no se molestó en responder.

Sujetó la zona del escote rasgada por ambas partes y tiró de ella, destrozando el vestido esmeralda por completo. Julia ahogó otra sonrisa traviesa mientras él terminaba de arrancárselo a tirones.

— ¿Cómo me lo compensarás? Me has roto mi nuevo regalo...

Él sonrió, pero no respondió.

La observó unos instantes con el deseo a flor de piel y el calor ardiente

ascendiendo por sus entrañas, sintiendo la excitación por poseerla creciendo más y más...

— ¡Espera! — exclamó, estirando la mano abierta contra su pecho para detenerle.

Él obedeció y se detuvo frente a ella, observándola mientras se quitaba el sujetador.

— También me gusta mucho — señaló, risueña, mientras liberaba sus pechos y dejaba caer la prenda al suelo arenoso — , y no quiero que lo rompas.

Elías se lanzó a por ella y Julia estalló en carcajadas mientras éste lamía su vientre con erotismo.

Descendió la boca hasta su sexo y mordió con suavidad por encima de su tanga, antes de agarrarlo con ambas manos y arrancárselo de la misma manera que lo había hecho con el vestido. Deslizó un dedo a través de sus labios vaginales y comprobó lo húmeda que se encontraba. Julia gritó de placer cuando introdujo un dedo en su interior, después dos, y los comenzó a mover con fiereza.

Con la mano temblorosa por el placer que la embriagaba, liberó su duro pene del slip y comenzó a masajearlo mientras se fundían en un beso, con sus dedos jugando de ella.

Elías, ansioso, la aupó en sus brazos para poder clavarse en su interior. Ella rodeó su cintura con ambas piernas y se sujetó con fuerza a sus hombros, que se encontraban tensos y musculados por el esfuerzo que llevaban a cabo soportando su peso. Él apretó las nalgas de Julia mientras le mordía un pezón.

Estaban en mitad de la nada, rodeados de la escasa vegetación que conservaba aquella zona de la finca y alumbrados por la luz de la luna.

Julia se preguntó si los empleados les estarían observando y se respondió que sí. Seguramente, estarían siendo el centro de atención de unos cuantos pero... ¿qué más daba? Lo importante era que estaban allí, juntos, disfrutando el uno del otro.

Lo importante era que Elías estaba dispuesto a dejar todo por ella.

Apretó las manos alrededor de sus hombros y ascendió lentamente sobre ellos, restregándose contra Elías y subiendo y bajando lentamente mientras su pene se clavaba en ella. Arqueó la espalda y miró hacia el cielo estrellado mientras sentía las oleadas de placer remover sus entrañas. Continuó bajando y subiendo..., sintiendo las manos de Elías hundirse en sus nalgas, notando cómo su clítoris se rozaba contra él intensificando el deleite que la atravesaba cada vez que se clavaba en ella.

Elías apretó el trasero de Julia con ambas manos y lo aupó hacia arriba, ayudándola a ella de aquella manera a mantener el ritmo y acelerarlo, subiendo y bajando..., clavándose en su interior, inundándola..., fundiendo ambos cuerpos en un solo ser...

El orgasmo les atravesó prácticamente a la vez y Julia se rindió agotada en los brazos del hombre que tanto amaba.

Tenían que regresar hasta la mansión y el vestido de ella se encontraba hecho trizas. Elías se quitó la camisa y se la colocó a ella por encima, antes de vestirse con sus pantalones.

— ¿Nos habrán visto? — inquirió ella, dudosa.

Él sonrió con picardía.

— He doblado la seguridad y he colocado cámaras en cada esquina — explicó lentamente — , sino nos han visto, entonces tendré que despedir al

personal por no cumplir con su trabajo.

Julia se echó a reír sin poder contenerse mientras Elías le guiñaba un ojo.

La aupó en sus brazos y comenzó a caminar, cargando con ella, en dirección al porche trasero de la mansión.

— La decisión que has tomado... — susurró en voz baja mientras se acercaban a la puerta trasera — , ¿sigue siendo la misma?

Elías besó su frente en señal afirmativa.

Estaba dispuesto a dejar el mundo entero de lado por ella.

6

Elías se despertó el primero.

Había pedido que les subieran el desayuno a la terraza de la habitación para poder comenzar la mañana con buen pie. Julia y él aún tenían mucho que hablar y ultimar.

No se arrepentía de la decisión que había tomado y seguía dispuesto a abandonar todo... Pero lo que Julia tenía que entender era que las personas que se encontraban sumidas en aquel tipo de negocios no podían aparecer y desaparecer a su antojo. Tenía que atar cabos, delegar tareas y dejar las cosas en condiciones antes de subirse en un avión y desaparecer. Sopesó cuántas entregas y cuántos movimientos tenía pendientes o programados para aquel año y la cifra le provocó una peligrosa sensación de vértigo.

Sabía de sobra que si Carlos hubiese continuado con vida las cosas podrían haberles resultado más sencillas. Carlos siempre había estado dispuesto a tomar el control y a hacerse cargo de todo, pero era tarde. Él ya no estaba y debía apañárselas por sí mismo.

Julia se desperezó y se incorporó en la cama. La puerta de la terraza estaba abierta y desde allí, podía observar a Elías, a través de la cristalera, sentado

en una de las mesas de la terraza. Una punzada de felicidad oprimió su pecho al recordar la conversación que habían tenido la noche anterior. No todo había sido bueno, pero la esperanza de una buena vida — o al menos, una vida sin peligros — hacia que flotara en una nube. Rodeó su cuerpo desnudo con la sábana y salió al exterior.

Elías parecía tan sumido en sus propios pensamientos que ni siquiera se percató de su presencia tras él. Observó la mesa que había preparado para desayunar; café, zumo de naranja y tostadas con mermelada de frambuesa. Su estómago rugió, hambriento, pero ni siquiera aquel sonido logró captar la atención de Elías.

Julia se acercó lentamente hasta él y rodeó su cuello con ambos brazos, apoyando la cabeza sobre sus hombros.

— Buenos días — susurró en su oído con voz melosa.

— Buenos días, bella — respondió él, abandonando de golpe sus pensamientos — . ¿Qué tal has dormido?

Ella lo liberó del abrazo y tomó asiento a su lado.

— He dormido muy bien.

Elías sonrió ante su respuesta.

Levantó el termo del café y Julia asintió en señal afirmativa para que éste rellenase su taza. Miró a su alrededor y contempló el paisaje verdoso que se abría paso en la finca. Desde luego, adoraba aquel lugar y las vistas de la mansión, pero no podía ansiar con más fuerza subirse a un avión.

Él, adivinando sus pensamientos, empujó un papel sobre la mesa, en su dirección.

— ¿Qué es? — preguntó ella, mientras lo cogía.

Era una fotografía dada vuelta.

La giró y en la instantánea apareció una casita de monte, con una fachada amarilla y blanca. Tenía un jardín con barbacoa y un columpio de madera. La fotografía parecía antigua; al menos tendría quince años. En ella, un joven Elías sonreía frente a la casa con los brazos en jarras y un aspecto chulesco. Julia pensó que ya desde pequeño se le podían adivinar las intenciones...

— Es una casa y es nuestra — señaló con seriedad — . Cuando te dije que Suiza no era un mal lugar para vivir, lo decía muy en serio.

— ¿Es nuestra? — repitió, sin apartar la mirada de la instantánea.

— Era de mi madre, mi padre se la compró. De todas las propiedades que tenían y heredé, me quedé con la mansión y con la casa de mi madre. Todavía no he ido a visitarla, pero tengo a gente contratada que se ocupa de su mantenimiento y de su correcto estado.

Julia guardó silencio unos segundos; al final dejó la fotografía y sonrió con amplitud.

— ¿Cuándo nos marchamos?

Le daba igual a dónde ir, pero quería salir de allí.

Quería alejarse del narcotráfico, de la violencia y de todo lo que rodeaba a ésta.

Elías tomó un sorbo de zumo mientras procuraba ordenar las palabras antes de pronunciarlas en voz alta. Julia no necesitó demasiado para adivinar qué era lo que tanta meditación requería...

— Todavía no nos podemos marchar, ¿verdad? — preguntó, sin poder ocultar

el tono de indignación.

Él asintió en señal afirmativa, mientras ella, enfadada, lo escrutaba con la mirada.

Al ver que no añadía nada más, se levantó del asiento para volver a entrar en la habitación.

— ¡Julia! — la llamó Elías, exasperado.

Si no se comunicaban, no resolverían el problema que tenía entre manos.

— ¿Aún piensas en vengarte? ¿Quieres quedarte para ver cómo cae, verdad, Elías?

Él negó con lentitud mientras ella, enfadada, caminaba por la habitación.

Se quitó la sábana con la que había rodeado su cuerpo y se colocó un camisón. Elías continuaba parado frente a ella, en silencio.

— ¿Qué? — atacó.

— No me has dejado hablar, ni explicarme.

Julia sonrió con ironía.

— Te conozco demasiado bien — escupió.

Con tan sólo pensar que tendrían que continuar así, huyendo, escondidos y encerrados para que nadie disparase contra sus cabezas... ¡le hervía la sangre! No quería esa vida, ni podía soportarla. Elías le había dicho que en México la podía proteger y, en realidad, no la había engañado; pero la protección venía acompañada de un cautiverio total.

— Una semana, Julia — suplicó —, es todo lo que voy a necesitar, te lo prometo.

Ella dudó unos segundos, pero al final suspiró y Elías supo que había ganado.

Volvieron a sentarse para desayunar, mientras imaginaban la vida que en muy poco tiempo tendrían. El pueblo era el típico de montaña que se veía en las películas y no tenía gran cosa ni comercios, pero sí que estaba muy bien conectado con las autopistas más importantes y no se tardaba demasiado en llegar a la ciudad.

Julia recreó la imagen de Elías y ella allí, mientras contemplaba la fotografía con aires soñadores. Aunque siempre le había gustado vivir en la ciudad, no pudo evitar plantearse que un lugar tan tranquilo como aquel era ideal para criar un hijo, o incluso, dos.

— ¿Podemos coger ya los billetes?

No quería que la “semana” de Elías se alargase a dos, ni promesas falsas que después no pensaba cumplir. Aunque sabía que, en el fondo, era una tontería porque perder el dinero de dos billetes de avión no significaba demasiado para Elías.

Aún así, necesitaba una fecha exacta y una cuenta atrás en el calendario para poder soportar aquello.

Él dudo unos segundos.

— Los cogeré esta tarde, ¿te parece bien?

Ella asintió y mordisqueó una tostada.

Estaba nerviosa y no tenía demasiada hambre, pero se forzó a comer.

Por la tarde, Elías se reunió con el hermano mayor de Carlos, Juan Manuel. Hablaron durante un buen rato de asuntos banales y después se dedicaron a

rememorar los mejores momentos de Carlitos.

Fue un rato agradable, donde el tequila no faltó y las risas inundaron el ambiente hasta que dejaron paso a los asuntos de mayor importancia.

Elías le dejaba todo; su imperio, su mandato, su poder, sus contactos. Siempre había pensado que, si algún día él y Carlos faltaban, Juan Manuel sería su mejor baza. Era responsable, leal y lo consideraba familia ante todo.

Elías le explicó qué oficiales y policías tenía en nómina, incluso con qué agentes de la DEA podía llegar a pactar llegado el momento. Le habló de las rutas, de los trayectos y de los socios más importantes. Qué era lo que debía tener en cuenta y qué no.

— Yo estaré en continuo contacto contigo y, si tienes algún problema, vendré lo antes posible.

Sabía que a Julia no le haría ninguna gracia, pero no tenía muchas más opciones.

Cuando la mayoría de los asuntos quedaron zanjados, la conversación se tornó alrededor del Gallo. Elías llevaba demasiado tiempo planeando la venganza de la muerte de su madre y, evidentemente, se había preocupado por seguir un plan. Tenía dos de sus hombres infiltrados desde hacía varios años en la organización de su cártel; ambos habían comenzado desde cero pero poco a poco se habían ido ganando la confianza de los demás y comenzaban a ascender.

— Voy a venderlo a los federales — le explicó —, y voy a hacer que lo extraditen cueste lo que me cueste. Pero tengo que esperar a que se presente la ocasión y que nuestros chivos nos den la información de un buen cargamento en el que Mendoza vaya a estar presente.

— Vas a comenzar una guerra, Elías — advirtió Juan Manuel, dubitativo.

Al fin de cuentas, él tendría que hacerse cargo de las consecuencias que el encarcelamiento del Gallo tendría entre los cárteles y en los negocios. Elías estaría demasiado lejos como para involucrarse.

— Me han contado que dentro de cinco días podría llegar un cargamento de cinco toneladas y que el Gallo tiene pensado recogerlo personalmente. Dudó que vaya a abandonar la protección y seguridad de su finca para un evento de tal índole, pero no puedo dejar escapar la oportunidad sin antes asegurarme, Manuel.

— Deberías dejarlo estar ya, Elías, ¿no te fue suficiente el tiroteo de Madrid?

Él negó.

— Llevo demasiados años intentando atrapar un fantasma..., y necesito saber que es de carne y hueso antes de marcharme o su sombra me perseguirá toda la vida.

Juan Manuel asintió, sin comprender muy bien a qué se refería.

Aunque todo el mundo sabía que los Castro habían muerto asesinados por el Gallo, el tiempo había puesto distancia en el suceso y para entonces nadie parecía acordarse de ello. Juan Manuel pensó que, seguramente, ni el propio Mendoza recordaría aquellas muertes y su culpabilidad.

— Manuel, no nos dejará tranquilos... Empezamos a estorbarle demasiado — continuó Elías — , y no parará hasta quitarnos del medio. Aunque yo me marche, tú tendrás que tomar medidas. Recuerda que lo que con sangre empieza, con sangre se vengá...

7

El calor era abrasador.

Julia se levantó de la tumbona y se acercó hasta la piscina. Se quedó sentada en el primer escalón, con medio cuerpo inmerso en el agua fría, mientras contemplaba a Elías a lo lejos. Hablaba con uno de los hombres que vigilaba la finca y parecía mantener una conversación relajada y tranquila.

Desde que sabía la verdad — o buena parte de ella — , era capaz de entender los comportamientos de Elías, incluso sus pesadillas. No le había contado nunca qué era lo que tanto agitaba sus sueños, pero estaba convencida de que recreaba en ellos la muerte de sus padres. Se preguntó cómo era posible que alguien que había vivido rodeado de tantísima maldad pudiera albergar la bonanza que él tenía en su interior.

Elías miró en dirección a Julia y ésta sonrió. Él levantó el brazo, en señal de saludo, y se alejó acompañado del hombre en dirección al hangar.

Quedaban tres días y todo habría acabado. Los nervios, la incertidumbre y la prisión en la que vivían encerrados... Él continuaba sin hacerla partícipe de las decisiones que tomaba, pero Julia no era tonta y podía imaginar qué era lo

que se traía entre manos.

Desde que habían llegado, Juan Manuel no se había separado de Elías ni un solo centímetro; se había vuelto su sombra, así que Julia se imaginó que sería el encargado de llevar los asuntos que él dejase atrás. Lo que desconocía era si realmente Elías pretendía dejar todo lo que implicaba aquella vida atrás o si, en efecto, tan sólo iba a delegar responsabilidades. Suspiró hondo y rezó porque aquella pesadilla alcanzase su final. Si querían empezar de cero, no podía dejar ningún vínculo con la vida que había llevado anteriormente.

Se tumbó y hundió la espalda en el agua refrescante, mientras se recordaba a sí misma que aún le debía una llamada a su hermana y a su familia. Además, por poco que se vieses, se merecían saber dónde se encontraba y si estaba a salvo... Se preguntó, también, si en la prensa española habrían hablado algo más sobre el tiroteo en el que se había visto involucrada o si simplemente habían dejado estar el tema. La curiosidad podía con ella, así que se dijo a sí misma que en cuanto tuviera ocasión investigaría un poco al respecto.

Elías regresó con el ceño fruncido y se sentó a su lado, en el borde de la piscina. Llevaba unos pantalones vaqueros cortos y una camisa blanca de lino.

Julia se movió un par de centímetros para tocarle.

— ¿Qué te ocurre? — inquirió.

Su cara delataba preocupación.

— Esta noche tendré que salir — contó, sin entrar en detalles.

Julia se incorporó hasta quedar sentada a su par y lo escrutó con la mirada. Una mala sensación se había formado en su interior y sabía que algo no iba bien.

— ¿Qué ocurre? — preguntó de nuevo, esperando recibir una respuesta real.

— Tengo que salir con Manuel, pero no tardaré demasiado — prometió — , se nos echa encima el día de partida y nos quedan demasiados asuntos que solucionar.

Elías se arrepintió de haberle proporcionado a Julia tanta información. Desde que sabía la verdad, había querido estar al tanto de todos los sucesos, dejándole muy poco margen para actuar. La amaba con locura y si podía evitarle una preocupación, lo haría.

Ella frunció el ceño de la misma manera que él lo había hecho segundos antes, desconfiando de su palabra.

— ¿A dónde iréis?

Elías se colocó tras ella y rodeó su cuerpo húmedo con los brazos. Su camisa de lino se empapó de la misma, quedándose pegada a la espalda de Julia.

— ¿Puedes dejar de preocuparte y confiar un poco más en mí? — susurró en su oreja.

Ella negó rotundamente y Elías saltó en carcajadas, procurando distraer su atención. Aunque se negó a abandonar la conversación tan fácilmente, al final terminó uniéndose a su risa.

Se abrazó a su cuerpo y aspiró su perfume. Le encantaba verle así, feliz y despreocupado, aunque sabía que su estado de ánimo real distaba mucho de aquel que sus ojos veían.

Él se quitó el pantalón y la camisa y se metió en el agua para refrescarse. Julia le siguió y se abrazó a él.

— ¿No echarás de menos México? — preguntó Elías, mientras rodeaba su

cintura para que ambos cuerpos quedasen unidos.

— Hablas como si nunca más fuéramos a regresar.

Besó su delicado cuello con suavidad mientras notaba cómo la sonrisa que dibujaba el rostro de Julia se ensanchaba.

— Claro que regresaremos — murmuró, sin retirar los labios de su piel.

Elías pensó que, seguramente, con mayor asiduidad de la que Julia pretendía; pero aquel asunto ya lo tratarían más adelante.

— Echaré de menos el calor y la piscina — rió ella, mientras un escalofrío recorría su cuerpo.

Notó las manos traviesas de Elías descender por su espalda hasta alcanzar su trasero. Apretó su nalga con fuerza mientras le mordisqueaba la clavícula y Julia no pudo evitar echarse a reír mientras le adivinaba las intenciones.

Escapó de sus brazos y se liberó para quedar flotando en la superficie del agua. Elías tiró de su brazo extendido para atraerla y deslizó su nariz a través de su cuerpo, suspirando sobre ella y provocando que su piel se erizase en el acto. Su risa inocente caló hondo en él, provocándole un repentino sentimiento de culpabilidad.

Estaba convencido de que aquella noche todo saldría bien y que regresaría sano y salvo a su lado, pero... ¿Y si no era el caso? No había dejado nada planeado para ella; una vía de escape, una vida de lujos, sin preocupaciones. Tenía que dejar resuelto aquel asunto antes de marcharse al encuentro con Mendoza, tan sólo por si acaso.

Elías era un hombre inteligente y sabía de sobra que si acudía a la entrega de la mercancía era por alguna razón; ningún patrón se implicaba en algo tan sucio si no escondía alguna razón detrás. Fuera cual fuere, a Elías no le

interesaba en absoluto, aunque sí que le hacía preguntarse cuánta escolta llevaría consigo al encuentro.

¿Iría Mendoza bien protegido? ¿Cuántos hombres le acompañarían?

— ¿Te preocupa algo? — inquirió Julia, con los brazos y las piernas extendidas, flotando sobre el agua mientras Elías tiraba de su cuerpo y la movía por la piscina.

Él negó y se tumbó sobre ella para poder besarla.

Sin querer, terminaron hundidos bajo el agua mientras el beso se prolongaba y una hilera de burbujas de aire abandonaba sus labios para regresar a la superficie. Subieron al exterior entre carcajadas y Elías la estrechó fuertemente con sus brazos mientras el sentimiento de miedo regresaba a su interior. ¿Tanto había cambiado desde que la había conocido a ella?

Un año atrás, le hubiese sido indiferente lanzarse con todas a por Mendoza. Seguramente, lo habría anhelado más que respirar aire fresco, pero las cosas habían cambiado. Tenía que hacerlo, porque era su deber y porque había luchado y se había sacrificado demasiado para dar con él, pero... ¡Temía tanto dañar a Julia!

Ella continuó besándolo apasionadamente, mientras apretaba su cuerpo contra él. Notó el pene de Elías comenzar a endurecerse y apretarse contra su vientre y la excitación aumentó. Sabía que estaban en la piscina y que los empleados podían verles, pero le daba igual. No le importaba lo que el resto pensase de ella o de la relación que mantenían.

Además, en muy poco tiempo se encontrarían muy, muy lejos de aquel lugar.

— Quiero que me hagas el amor... — ronroneó con voz seductora en su oreja.

Elías sonrió sin poder creer lo que estaba escuchando.

— ¡Madre mía...! ¿Qué he hecho contigo?

Julia se lanzó a su cuello y comenzó a lamerlo con sensualidad mientras notaba los músculos de Elías tensarse. Se iba moviendo lentamente por la piscina con ella enroscada a su cuerpo, apretándose más y más contra él.

Descendió una mano por su cuerpo mojado y resbaladizo y apretó su erecto pene, que continuaba tras los pequeños slips. Decidió solucionar aquel problema antes que cualquier otra cosa y liberó el tronco de Elías de la prisión que ejercían sus piernas. Se hundió bajo el agua y con ambas manos retiró el bóxers de Elías. Cuando ascendió, se entretuvo un segundo en su pene, introduciéndoselo en la boca y succionándolo un par de veces antes de regresar a la superficie.

Cuando vio el gesto de placer que dibujaba el semblante de Elías, se sintió orgullosa de lo mucho que era capaz de aguantar la respiración bajo el agua.

Sin darle tiempo a decir nada, volvió a enroscarse contra él y se lanzó a su boca para besarle con pasión, mientras se movía y se apretaba contra él, provocándole. Notó la alta excitación de Elías en su respiración ronca y aquello terminó por enloquecerla.

Él detuvo el beso para acariciar su pecho. Rodeó con las manos su cuerpo y desató el nudo trasero del bikini para liberar sus pechos. Tenía los pezones hinchados y rosados por el contraste de temperatura que había entre la superficie y el agua. Desató el cabello de Julia — que hasta entonces había llevado en un recogido bajo —, y lo sujetó con fuerza hacia atrás para obligarla a tumbar la cabeza. Lamió su expuesto cuello hasta llegar a sus pechos. Succionó sus pezones mientras ella, aún sujeta, gemía de placer sin importarle quién pudiera estar escuchándola.

— ¡Oh, Elías...!

Le encantaba escucharla gemir y sentir el placer que le estaba proporcionando. Ella apretó aún más el nudo de las piernas para presionarse contra su duro y grande miembro.

Mientras él continuaba succionando sus pezones, lamiendo sus pechos y masajeándolos, ella descendió la mano y comenzó a acariciar su miembro desde la base. El agua provocaba un efecto resbaladizo y placentero y poco a poco se fue emocionando aún más y aumentando el ritmo de la caricia que le proporcionaba. El rostro descompuesto en gozo de Elías la incitaba a aumentar más y más el movimiento, hasta que éste se apartó de ella de sopetón.

— No hagas eso... — ronroneó con los ojos cerrados, mientras procuraba calmar su creciente excitación.

Ella nadó dos brazadas hasta alcanzarle y, tomando el control de la situación, se liberó de la parte baja del bikini. Se enroscó de nuevo a su alrededor, permitiendo en el acto que Elías se clavase en ella. Comenzó a moverse suavemente mientras él la abrazaba con fuerza, apretando sus pechos contra su torso mientras besaba su cuello. Ella movía las caderas en un movimiento circular.

Elías colocó las manos sobre su cintura, aflojando el abrazo para poder guiar los movimientos de ella.

— Por Dios, Julia...

Le encantaba sentirla así, tan dispuesta a darle todo.

Ni siquiera podía moverse, estaba paralizado por el deleite que sentía. Julia, de mientras, continuaba con los movimientos circulares de cadera,

ascendiendo y descendiendo suavemente, apretando el pene contra sus paredes vaginales con la espalda arqueada.

— ¡Oh, sí...!

Elías la miraba, dejándose hacer mientras los gemidos se perdían en el aire. Tenía que concentrarse para no ceder al placer. Julia continuaba moviéndose más y más rápido, con movimientos más salvajes y primarios. Elías lamió un pecho, que quedaba expuesto y rebotaba levemente frente a su rostro. Ella continuaba estimulándole con el movimiento circular, más rápido, subiendo y bajando con ferocidad, más y más... Gimiendo, mordiéndose el labio, provocándole, sintiendo el gozo que entumecía el resto de sus sentidos. El orgasmo les atravesó prácticamente a la vez, con unos segundos de diferencia.

Se quedaron así largos minutos, abrazados, apretados el uno contra el otro mientras el miedo que Elías sentía por perderla aumentaba más con cada segundo que dejaba atrás. ¿Por qué sentía aquel mal palpito en su interior? Tan sólo aquella noche y no volvería a separarse de ella.

Ninguno de los dos se quiso mover del interior de la piscina hasta que el cielo comenzó a anaranjarse con el atardecer y Elías decidió que había llegado la hora de llamar a su abogado y notario; tenía que solucionar el tema del testamento antes de marcharse.

8

En realidad, por mucho que él intentase ocultarle las cosas, Julia le conocía demasiado bien. Sabía perfectamente discernir entre sus estados, entre sus verdaderos cambios anímicos. Después del baño de la piscina, Elías se había dado una ducha rápida y se había vestido con un traje formal para recibir a un hombre en su despacho.

Se había negado a hablar con ella y se había excusado diciendo que “aún le quedaba un día muy complicado por delante y que ya le contaría todo cuando tuviesen tiempo de hablar”. Algo malo pasaba, podía intuirlo en su extraño comportamiento. Además, ¿a dónde tenían que salir Juan Manuel y él? No eran horas para ir a ninguna parte y sabía que Elías no tenía reparos en atrasar el viaje si fuera necesario, así que... ¿Qué estaba ocurriendo?

Cuando el hombre con el que se había reunido abandonó la mansión en un Mercedes, Julia tuvo la sensación de que no era la clase de visita habitual que Elías solía recibir. Aquel señor, de unos cincuenta y cinco años de edad, parecía mucho más... legal que el resto de los invitados habituales.

Subió al dormitorio y se tumbó sobre la cama mientras se repetía a sí misma una y otra vez que no pasaba nada malo y que todo terminaría solucionándose. Pero la mala sensación continuaba agradándose, sin detenerse. No entendía por qué se sentía así, pero no podía evitarlo. Además, sentía que, por alguna razón, Elías se sentía de la misma manera que ella y aquel estado mutuo había terminado potenciándose y contagiándose entre ambos.

Escuchó unos pasos en el pasillo y la puerta se abrió. Elías la saludó con una media sonrisa que Julia no fue capaz de corresponder. Sin mediar palabra, se colocó frente al armario y comenzó a desnudarse. Se quitó la americana con lentitud, la colgó en una percha y la metió en el interior. Repitió el mismo proceso con la camisa blanca, pero con ésta se demoró un poco más, atando cada botón de uno en uno con precisión. Continuó con el pantalón y los calcetines altos de traje, mientras Julia clavaba la mirada en su espalda desnuda con los ojos encharcados en lágrimas.

¿Por qué sentía aquel extraño miedo en su interior? ¿Qué era lo que temía en realidad?

Necesitaba saber a dónde se dirigía y qué era lo que iban a hacer en aquel lugar. No quería comportarse como una novia paranoica porque sabía que, en realidad, Elías ya había cedido bastante y se había abierto a ella soportando el dolor y lanzándose al vacío. Pero... ¿cómo podía quedarse allí tumbada, fingiendo que todo iba bien cuando no era así?

Cuando terminó de desnudarse, se vistió con unos vaqueros y una camiseta cómoda antes de colocarse las deportivas en los pies. Se acercó con lentitud hasta Julia y se agachó en la cama para besar su frente.

— Volveré antes de lo que imaginas — prometió.

Ella sintió la angustia crecer en su interior.

Quería decir algo, quería pedirle que no fuera a ninguna parte pero las palabras se extinguieron en su garganta cuando Elías se incorporó y abandonó la habitación.

— No seas absurda y paranoica — susurró en voz alta para sí misma.

Lo que no sabía era que todos sus miedos estaban a punto de potenciarse aún más.

Escuchó el rugido de un motor, del todoterreno. Llevaba varios meses haciendo uso de aquel vehículo y era capaz de distinguir el sonido que emitía sin atisbo a duda. Escuchó el motor de más vehículos mezclarse y vio las sombras que creaban las luces de varios faros en las paredes de su dormitorio.

Se levantó, intranquila, esperando encontrar a Elías y a Juan Manuel marchándose de la finca, pero no pudo creer lo que sus ojos contemplaban cuando se acercó al cristal de la ventana; cuatro todoterrenos blindados y las personas correspondientes que viajarían en ellos esperaban a Elías en la puerta de la mansión, en el patio trasero.

Ahogó un grito, tapándose la boca con las manos. ¿A dónde narices se dirigía a Elías? ¿Para qué necesitaba tanta gente con él?

Dudó varios instantes, pero decidió que no podía soportarlo más y tomó la decisión de confiar en sus instintos. Se dio la vuelta con rapidez y cogió la bata que tenía colgada en la puerta. Bajó las escaleras de dos en dos mientras se abrigaba y cuando llegó a portón principal, apreció su desbocado corazón latiendo descompensadamente en su pecho.

Era tarde; los todoterrenos se dirigían a través del camino sin asaltar para abandonar la finca.

9

Después de tanto, había llegado el gran momento.

México se encontraba sumido en la oscuridad mientras los vehículos avanzaban en fila a través de la autopista.

Le pareció atisbar cierto nerviosismo en Juan Manuel y, procurando calmarle, le dio un par de palmaditas en la pierna. A él tampoco le gustaba, pero tenían que hacerlo; no les quedaban muchas más opciones. O Mendoza terminaba bajo tierra, o todos ellos terminarían metidos en un ataúd.

— ¿Por qué vamos nosotros, Elías?

Juan Manuel seguía sin entender por qué tenían que involucrarse en algo así, por qué no enviaban a los chicos y se desentendían de todo aquel embrollo.

— Si quieres que algo te salga bien, Manuel, tienes que hacerlo con tus propias manos.

No era una explicación muy coherente, pero no le quedó más remedio que aceptarla. Sospechaba que la sed de venganza de Elías iba mucho más allá de lo que éste quería admitir y que lo único que lo incentivaba era comprobar con sus propios ojos que El Gallo caía en la oscuridad de la noche.

— ¿Y por qué cree que El Gallo va asistir a la entrega si nunca sale para esos

asuntos, Elías?

Aquella era una buena pregunta y, como no tenía una buena respuesta para ella, optó por guardar silencio.

Faltaba poco para acercarse a los pabellones a los que se dirigían.

El teléfono comenzó a sonar y el muchacho que viajaba de copiloto se giró hacia detrás con él en la mano.

— Señor, es Ramón... Me dice que quiere charlar con usted...

Ramón... Uno de los muchachos que tenía infiltrado en la organización de Mendoza y el único con el que había logrado entablar conversación aquellas últimas semanas. Su otro infiltrado parecía encontrarse en paradero desconocido y Elías se preguntaba si lo habrían descubierto o no.

Estiró la mano para coger el aparato y se lo llevó a la oreja.

¿Qué quería a esas horas? Le había informado aquella tarde de la operación.

— ¡Patrón! — exclamó con nerviosismo al otro lado de la línea — ¡No se va a creer lo que acabo de escuchar ahorita mismo!

— ¿Qué ocurre Ramón?

— Acabo de escuchar decir a uno de los hombres cercanos al Gallo que buscan su cabeza, Don Castro... ¡Van a por usted!

Pasaron por debajo de una farola y el vehículo se iluminó.

Juan Manuel le miraba con curiosidad.

— No te entiendo, Ramón... — respondió Elías, dubitativo.

Era evidente que Mendoza quería acabar con él, eso ya lo sabía desde el tiroteo de Madrid y en ningún momento había tenido una sola duda.

— ¡Te chingaste a su primo y ahora él te quiere muerto!

Elías tardó varios segundos en comprender lo que le estaba diciendo.

— ¿Cómo...?

— ¡El idiota que te chingaste en el tiroteo de Madrid, señor! ¡Ése era el primo del Gallo!

Cortó la llamada sin despedirse, pensativo, mientras rememoraba el instante en el que Julia había ido a buscarle a la ducha, histérica, diciéndole que había asesinado a un hombre en el tiroteo. No se había planteado siquiera la posibilidad de que aquel tipo pudiera significar algo para Mendoza...

— Todavía podemos darnos la vuelta, Elías... — murmuró Juan Manuel en voz baja para evitar que el conductor y el copiloto les escuchasen.

— ¿Por qué crees que deberíamos darnos la vuelta?

Juan Manuel sopesó unos segundos su respuesta.

— Esto pinta a que nos tendieron una trampa, Elías... Piénsalo un rato, no tiene sentido que El Gallo se meta en esos asuntos sucios así de buenas y justo cuando su primo acaba de ser asesinado. ¡Te quiere muerto...!

Sí, Juan Manuel podía estar en lo cierto.

Lo pensó unos instantes y llegó a la conclusión de que resultaba igual de absurdo el que Mendoza acudiera a una entrega y el que ellos acudieran a presenciar su asesinato. ¿Por qué iban a ensuciarse, a involucrarse, si otros lo podían hacer por ellos? Era la pregunta de siempre y la respuesta era simple: tenían que arriesgarse y la decisión estaba tomada.

— Reza porque no sea una trampa, Manuel...

10

Se dio una ducha, procurando despejarse y distraerse.

Desde que les había visto marchar, no había dejado de repetirse a sí misma que todo iba bien y que no ocurría nada extraño... Pero Julia era una mujer inteligente y sabía que en todo aquel asunto había gato encerrado.

¿Por qué se había llevado tantos coches con él?

Se repitió que Elías llevaba paranoico con la seguridad desde que habían regresado y que no había nada más, pero no lograba convencerse.

Les faltaba tan poco para marchar y comenzar su nueva vida de cero, que no podía imaginar que a aquellas alturas todo pudiera irse a traste. No podía imaginarse sin él.

Se sentó frente al tocador y se quitó la toalla de la cabeza, dejando caer sus cabellos por encima de los hombros. Examinó la imagen que el reflejo le devolvía y tuvo la sensación de que no parecía la misma mujer que un año atrás había sido. Había cambiado; lo que no sabía era si a mejor o peor.

Se cepilló el pelo, se vistió el pijama y después se tumbó en la cama. Tenía

que intentar dormir, pero parecía imposible conciliar el sueño con aquel mal presentimiento rodando en sus pensamientos. Al final terminó levantándose y se acercó a la ventana.

Observaba el camino sin asfaltar que conducía al portón de salida de la finca con esperanza, rezando por vislumbrar los focos del todoterreno de regreso. Tan sólo había pasado una hora desde que se habían marchado, pero los nervios la estaban consumiendo en vida.

Recordó, allí sentada y sin apartar los ojos de la carretera, la vieja historia que solían contar las mujeres de los pescadores y se sintió de la misma manera que ellas. Según las leyendas, los días de tormenta o de mala mar las mujeres de los pescadores se acercaban al puerto y esperaban allí hasta que el navío de sus maridos regresaba. Solían decir que si nadie les estaba esperando para su regreso, el mar se cobraba esas vidas y muchos no volvían jamás a puerto.

Julia le estaba esperando. Le necesitaba. Y quería que estuviera a su lado de nuevo, sano y salvo, cuanto antes.

Sintió ganas de echarse a llorar pero se contuvo. Por muy mala sensación que tuviera, a su vez, no podía evitar sentirse un poco estúpida. ¿Acaso estaba exagerando todo?

¿Realmente debía preocuparse o no había ningún peligro y estaba viendo fantasmas donde solo había sombras?

El cielo estaba despejado y parecía en calma. Como era más que obvio que aquella noche no lograría dormir hasta el regreso de Elías, decidió salir a pasear y relajarse por los terrenos de la finca. Al menos, dejaría correr un poco el tiempo antes de volver a encerrarse entre esas cuatro paredes. Después podría leer un rato o ver alguna película de la televisión; cualquier cosa con tal de mantenerse ocupada.

Salió al exterior y una suave brisa acarició su rostro.

Tenía la sensación de que se estaba volviendo loca, o algo peor. Se preguntó si podría llamar por teléfono a Elías para asegurarse de su bienestar, pero dudó que fuera posible. Siempre llevaba consigo un teléfono satélite de esos — que parecían sacados de otra época — , pero únicamente lo utilizaba para emergencias.

¿Podría considerarse aquella crisis una emergencia? ¿Alguno de los empleados realizaría la llamada por ella?

Mientras aquellas descabelladas ideas recorrían su mente, caminaba rodeada de oscuridad entre los arbustos y las palmeras. La luna llena que brillaba sobre su cabeza iluminaba buena parte del terreno permitiéndole a Julia discernir aquello que tenía a su par.

Se detuvo unos segundos para poder observar con tranquilidad su alrededor — o lo que alcanzaba a atisbar entre la escasa luminiscencia — . Reconoció el hangar, enterrado entre las sombras, la piscina, la zona del porche, los jardines y el paseo de palmeras que Elías había mandado construir unos meses atrás. Le encantaba aquel lugar pero... Allí, mientras el aire caliente mexicano acariciaba su rostro, soñaba con aquella casita de las montañas.

Julia podía imaginarse viviendo en la casa de fachada amarilla y blanca, con Elías, con tan sólo cerrar unos segundos los ojos. Se veía sin esfuerzo alguno enfrascada en aquella nueva vida y un sentimiento de dicha invadía sus entrañas... Cuando estuvieran allí, las noches en vela con aquella mala sensación llegarían a su final, y junto ellas, las mentiras. Elías no tendría que ocultarle nada más, porque por fin se alejarían de todo aquello.

Aunque hasta entonces no lo había pensado, se preguntó si estarían preparados para la paternidad. Se imaginó a una niña jugando en el columpio

de la fotografía; una niña con la misma nariz que la de Elías. Podía verla con un vestido azul, columpiándose mientras ellos dos disfrutaban de la paz de las montañas.

Escuchó un chasquido en su espalda y se sobresaltó. Olvidando sus pensamientos, se giró sobre sí misma para examinar su alrededor; allí no parecía a ver nadie, pero estaba segura de haber escuchado aquel sonido.

A paso ligero, retomó el camino de vuelta hacia la mansión mientras la mala sensación se intensificaba aún más.

¿Por qué sentía que aquel pensamiento no era más que un sueño? ¿Por qué algo en su interior le gritaba a voces que jamás llegarían a subirse a un avión?

Y lo peor de todo... ¿Por qué tenía miedo de no volver a ver a Elías?

Escuchó otro sonido tras su espalda y se giró sobresaltada con el corazón acelerado; había escuchado pasos.

Aliviada, suspiró hondo cuando su mirada chocó contra uno de los empleados de seguridad de la mansión.

— Buenas noches señora, perdóneme si la molesté — se excusó, mientras se quitaba el sombrero — , no quise asustarla.

Julia negó con lentitud mientras recuperaba el ritmo normal de su respiración.

— No pasa nada, tranquilo.

El hombre caminó más al frente.

— La acompañaré hasta la casa, señora. Esto está muy oscuro y podría tropezarse...

Julia sonrió y asintió, sabiendo que no le quedaría más remedio que aceptar

su repentina compañía.

Sabía de sobra que todo aquello era por culpa de Elías. No sólo había aumentado la seguridad, si no que la tenía constantemente vigilada. Por mucho que le molestase aquel control, no pudo evitar padecer un sentimiento de amor al ser consciente de lo protegida que la tenía y de lo mucho que se preocupaba por su seguridad.

Se despidió del trabajador y volvió a entrar dentro. Elías llevaba casi tres horas en la calle y, fuera cual fuese el motivo de su partida, debía de haberlo resuelto ya, ¿no? La impaciencia comenzaba a aumentar por segundos.

Encendió la televisión, pero ningún programa lograba distraerla lo suficiente. La ansiedad y las ganas de llorar iban aumentando por momentos cuando, de repente, recordó al hombre con el que Elías se había reunido aquella tarde.

Aunque no se sintió orgullosa de lo que hacía, la curiosidad la venció y se acercó hasta el despacho de su novio. Nunca le había fisgado y siempre había sido paciente hasta que él le había confesado la verdad, pero empezaba a desesperarse.

Rebuscó en los papeles, pero no necesitó ahondar demasiado entre las carpetas; los encontró sobre la mesa del escritorio, recién firmados. Julia sintió que su corazón se detenía cuando leyó el testamento. Elías se había preocupado en firmar un testamento en el que la dejaba como única heredaria de cada uno de sus bienes y su fortuna pero... ¿Por qué había tenido la necesidad de hacer algo así?

Con los ojos acuosos, la respiración agitada y el mal sentimiento aún más profundo, se sentó junto a la ventana y observó el exterior.

Las horas fueron pasando una detrás de otra... Pero Julia no podía apartar la mirada del camino sin asfaltar... Tenía que esperarle; tenía que quedarse allí,

sentada, esperándole hasta que regresase.

¿Y si no regresaba?

Sintió otro impulso de echarse a llorar, pero lo contuvo. Se repitió a sí misma una y otra vez que estaba sacando las cosas de contexto y que no sucedía nada extraño, sin éxito.

Hora y cuarto después, cuando ya sentía que los nervios acabarían con su paciencia, divisó en la lejanía dos pares de faros acercándose a la mansión.

Dos. Se habían ido cuatro vehículos, pero regresaban dos.

11

Estaba tan nerviosa, que ni siquiera bajó abajo a recibirles.

¿Y si Elías no había regresado con los demás? ¿Por qué narices no podía deshacerse de aquella mala sensación?

Los vehículos ya habían apagado sus motores frente a la puerta de la casa. Julia ni siquiera se atrevía a asomarse por la ventana para comprobar si estaba entre los presentes o no. Mientras daba golpecitos con la pierna contra el suelo procurando calmar su ansiedad, esperaba a que Elías cruzara la puerta del dormitorio de un momento a otro con la mirada aún clavada en el cristal. Tenía que regresar, no podía abandonarla y dejarla así...

Escuchó voces en la lejanía, pero ninguna de ellas era la que quería oír. Comenzaba a perder los nervios cuando unos pasos contra la madera del pasillo llamaron su atención. La puerta del dormitorio se abrió con lentitud y allí apareció él. En un primer momento, no se fijó en la brecha que lucía su frente, o en las ropas sucias y embarradas, tampoco en la camiseta rota y ensangrentada; lo único que fue capaz de procesar era que él estaba allí.

Había regresado.

Estaba vivo.

Aguantó la respiración varios segundos con la mirada clavada en sus pupilas y la tensión oprimiendo el ambiente. Al final, se levantó de un salto con las lágrimas en los ojos y se lanzó a sus brazos.

— Tenemos que marcharnos, bella... — murmuró él, mientras la apretaba con fuerza contra su rostro.

Julia tardó varios segundos en entender lo que había dicho.

En realidad, nada le importaba... Él estaba allí, a su lado, vivo...

— ¿Qué...?

Elías la liberó del abrazo y se acercó al tocador para examinar sus heridas.

En aquel instante, Julia fue consciente por primera vez del mal aspecto que tenía... ¿Qué demonios había pasado? ¿Por qué sangraba? ¿De dónde había salido la sangre de su camiseta?

— Ya lo has oído, tenemos que marcharnos de aquí ahora mismo, Julia — continuó con voz calmada, procurando disimular su nerviosismo mientras caminaba de un lado al otro.

Se acercó al baño y encendió el grifo y comenzó a quitarse la ropa.

Julia inspeccionó su cuerpo magullado y tuvo que ahogar un grito de espanto. Como era de esperar, su mal palpito no se había cumplido, aunque tampoco la había fallado...

— ¡Elías, espera! — dijo, asustada, mientras le detenía y se colocaba frente a él — . ¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

Impactada, recorrió con el dedo índice los moretones que lucía su torso y después le examinó la frente. No parecía nada grave, aunque precisaba de una buena cura para que no corriera el riesgo de una posible infección.

— Todo era una trampa de Mendoza — explicó, mientras se deshacía de ella para quitarse los zapatos — , nos estaban esperando.

— ¿Os estaban esperando?

—¡ Julia, me quieren muerto! — exclamó con la voz timbrada en desasosiego — . ¡Y no van a dejarnos en paz hasta conseguirlo...!

Elías suspiró, exasperado.

Odiaba huir y no era ningún cobarde, pero si se metían en aquella guerra la sangre correría con vidas inocentes. No podían quedarse allí, no podían potenciar aquella situación.

Lo mejor era desaparecer y dejar que las cosas se calmasen. Mendoza había pasado a un segundo plano y le era indiferente; lo primero era proteger a Julia y sabía de sobra que allí no estaban seguros.

Ella se quedó inmóvil, observando cómo se metía a la ducha.

— ¿Cuándo nos marchamos? — preguntó impactada.

No entendía qué era lo que había sucedido y sospechaba que tampoco iba a recibir una explicación. Supuso que con saber que les habían tendido una trampa debía conformarse o...

— ¡Haz las maletas! — gritó desde la ducha — ¡Tenemos que marcharnos cuanto antes!

Elías sopesó la gravedad del asunto mientras veía a Julia salir del cuarto de baño. La conocía muy bien y aunque aparentaba estar tranquila, sabía que en el fondo estaba asustada.

Se preguntó cómo de mal estaría el asunto y cuántas personas habría

vigilándoles en aquellos instantes.

¡Ni siquiera en la mansión estaban seguros!

Aunque le costaba creerlo, las pruebas evidenciaban que sus infiltrados se habían chivado, al menos uno de ellos. No estaba del todo seguro con Ramón pero... Alguien había avisado a Mendoza y ellos habían caído en la trampa como ratones, tal y como habían previsto que ocurriera.

¡Se sentía estúpido!

Manuel había tenido razón, pero de nada servía arrepentirse de los actos pasados. Lo que sí tenía claro es que en aquel instante Mendoza iba a por él con todas, sin importarle qué perder por el camino. Tan sólo pensaba en verle muerto.

En el enfrentamiento, había perdido a cinco de sus hombres y otros dos habían resultado heridos. El Gallo no se había andado con tonterías y había reunido una buena tropa para el encuentro... ¿Quién le habría ayudado? ¿Algún federal, quizás? ¿Qué posible amistad habría comprado? ¿Tal vez una alianza con otro cártel?

Aunque sabía que de nada servía preguntárselo, no podía evitar darle vueltas al asunto.

Escuchó a Julia trasteando en los armarios de fondo y una serpenteante culpabilidad recorrió su estómago provocándole arcadas.

No era bueno para ella, no le hacía ningún bien y no era la clase de hombre que le convenía tener a su lado. Pero la amaba. Y la necesitaba tanto como respirar para poder vivir.

Salió de la ducha con la toalla enroscada en la cintura. Antes de abandonar del baño, se miró de reojo en el espejo y se dio cuenta de que la herida de la

cabeza continuaba sangrando; quizás necesitase un punto o dos, pero tendría que conformarse con una tirita.

— No me mires así, bella...

Estaba enfadada con él, podía notarlo en sus actos y en la forma de moverse. Julia tiraba la ropa dentro de la maleta con rabia mientras caminaba de un lado a otro con los brazos en jarras.

— ¿Cómo te miro? — inquirió ella, malhumorada.

¡Por Dios, no podía soportar más todo aquello!

Sentía que de un momento a otro terminaría desmayándose de la tensión... ¿Por qué nunca podían estar a salvo? ¿Por qué tenía que complicarse todo?

Elías caminó unos pasos al frente y agarró a Julia por ambos brazos.

— Escúchame, esto ha terminado — prometió —, aquí y ahora. No daré opción a nada más... He caído en una trampa por estúpido, por no escucharte..., perdóname.

Ella negó con la cabeza en señal de desesperación.

Intentó zafarse de sus manos, pero Elías la tenía bien agarrada.

— No puedo más... — murmuró con un hilillo de voz mientras liberaba una lágrima de su ojo derecho.

Elías la atrapó con un beso y acarició su rostro con ternura.

— Nos marchamos ya, Julia — repitió, procurando tranquilizarla —. Juan Manuel se encargará de los asuntos que hayan quedado pendientes... Tú y yo nos marchamos ya.

Ella no dijo nada, así que él continuó.

— Nuestro avión sale a las seis y media de la mañana. No volveremos a pisar este país si no quieres hacerlo, te lo prometo.

Julia alzó la mirada hasta sus ojos, buscando la sinceridad.

¿Cómo podía creerle después de tantas mentiras y de tantos secretos?

Miró de reojo el despertador de la mesilla y comprobó que eran las cinco menos veinticinco de la mañana. Elías adivinó, como siempre, sus pensamientos.

— En dos horas estaremos despegando, sí.

Al final suspiró, rindiéndose a él de la misma manera que terminaba haciéndolo siempre.

— ¡Por Dios, Elías! He pasado tanto miedo...

Se echó a llorar desconsoladamente y abrazó su pecho desnudo. Él la aprisionó mientras le acariciaba la espalda.

— Haz las maletas, bella... Nos marchamos muy lejos.

Asintió, asustada.

Sabía que algo no iba bien, podía notarlo al igual que había sentido que aquella noche algo malo iba a ocurrir. Elías no era la clase de hombre que abandonaba todo a hurtadillas de madrugada y se marchaba sin ser visto, así que supuso que el asunto debía de haber tornado mayor gravedad.

¿Cuánto peligro corrían para tener que marcharse con lo puesto?

Elías sujetó su rostro entre ambas manos y besó sus labios con pasión. Julia notó la electricidad que se formaba entre ellos cuando se rozaban y un

escalofrío recorrió su columna vertebral.

— Te quiero, bella... — ronroneó, sin dejar de besarla — . Haré lo que sea por estar a su lado...

Aunque en algunas ocasiones Julia necesitaba buscar la sinceridad de sus palabras, aquella vez le creyó. Sabía que la amaba, podía sentirlo cada vez que estaban cerca y sus cuerpos se tocaban. Había algo entre ellos, algo especial... Una conexión que no podía explicarse con palabras y que se acercaba a algo sobrenatural.

Julia acarició sus desnudos pectorales mientras el deseo comenzaba a intensificarse en ella. Volvió a revisar el reloj de la mesilla, calculando el tiempo que tenían para ellos antes de abandonar la mansión. Elías soltó una carcajada, adivinando sus pensamientos. Ella sabía que no era el momento oportuno pero... ¿Cómo podía contenerse ante aquel hombre?

Él la estrechó con más fuerza entre sus brazos y mordió su labio con pasión.

— Nos da tiempo... — le aseguró, mientras caminaba, aún con ella aprisionada, hasta alcanzar el borde del colchón.

La dejó caer sobre la cama y se tumbó sobre ella mientras el beso se prolongaba.

Julia suspiró al notar la humedad de su boca fundirse con la de ella, sus lenguas buscándose en un baile apasionado. Tiró de la toalla de Elías, liberándolo de la única prenda que cubría su cuerpo. Su miembro erecto y preparado para la acción apareció de la nada y ella no pudo evitar mostrar una leve sonrisa.

— Estamos desiguales — musitó Elías con voz ronca y sensual — , tendremos que solucionarlo.

Ella dibujó un gesto juguetón en su semblante mientras Elías comenzaba a desnudarla. Le quitó la parte de arriba del pijama y después dejó caer su pantalón. Se entretuvo unos segundos examinando sus curvas, sus pechos, sus caderas pronunciadas... Ella, impaciente, se incorporó para atraparlo desde el cuello y atraerlo.

Elías respondió al acto con un gruñido; tenía la espalda magullada y a Julia parecía encantarle aquella zona de su cuerpo. Sonrió ante su cara de preocupación y retomó el beso apasionado.

No tenían demasiado tiempo para entretenerse, pero si debía ser sincero, él tampoco necesitaba demasiado. Después de la tensión de la emboscada, tenerla entre sus brazos ya era suficiente para alcanzar el clímax.

Aún besándose con pasión, mientras sus dientes chocaban y sus lenguas se buscaban, Elías descendió la mano sutilmente hasta alcanzar el sexo de Julia. Introdujo un dedo entre sus labios vaginales y lo deslizó hasta su orificio, donde se coló sin esfuerzos. Apretó más, introduciendo dos en vez de uno y sacándolos levemente, escuchando el sonido ronco de su garganta mientras le besaba.

Ella alzó la cadera, dispuesta a recibirle, y él calmó su suplica penetrándola de una embestida. Revisó el reloj y comprobó que habían pasado por unos minutos las cinco menos veinte.

— ¡Eh! — exclamó ella, girando la cabeza de Elías hacia sus ojos —, céntrate en mí...

Él le respondió con una sonrisa mientras ella, dispuesta a captar toda su atención, se lanzaba a su cuello.

Sabía perfectamente cuales eran los puntos débiles de Elías; su oreja, su

espalda, sus dedos... Lamió su cuello con sensualidad hasta alcanzar su oreja y se entretuvo saboreando su lóbulo mientras respiraba roncamente y gemía en su oreja. Notó cómo aquel simple y pequeño acto le hacía enloquecer mientras las embestidas se aceleraban y se clavaba en ella con más profundidad.

Le ardía el vientre y no conseguía calmar aquella excitación...

Elías continuó entrando y saliendo; Julia alzaba las caderas para recibirle, para permitirle entrar más y más en su interior mientras el clítoris se rozaba con su cuerpo con cada choque... Clavó sus uñas en la espalda y le escuchó gruñir, pero en vez de detenerse, apretó más.

Elías, excitado, se apartó unos centímetros de ella y se deslizó hasta quedar fuera del colchón.

— Ven aquí... — ronroneó.

Julia, con una sonrisa traviesa, obedeció.

Salió de la cama y se colocó de pie frente a Elías. Él la giró, dejándola de espaldas, y después apretó sus hombros hacia abajo obligándola a agacharse. Con los pechos y el torso sobre el colchón y el trasero expuesto a Elías, notó cómo éste agarraba su cintura y se clavaba en profundidad en su interior. Se tumbó sobre ella y, penetrándola, rodeó su cuerpo con el brazo hasta alcanzar su sexo con la mano.

Estaba muy húmeda y resbaladiza y notada sus labios vaginales y su clítoris hinchado. Comenzó a masajearlo con movimientos circulares, alternándolos con algún que otro pellizco, mientras aumentaba y el ritmo y ella le suplicaba que no parase.

La vio introducir su mano entre el colchón y su cuerpo para acariciarse los

pezones y aquella imagen logró enloquecerlo de placer aún más. Se clavó en su interior con ferocidad, haciendo que Julia gritase de placer, mientras apretaba su clítoris entre los dedos. Notó cómo el orgasmo atravesaba el cuerpo de la mujer que tenía entre sus brazos y no necesitó más que unos segundos para explotar.

Mientras recuperaban el aliento, aún unidos sobre el colchón, unos nudillos golpearon la puerta del dormitorio.

— ¡Señor, debemos marcharnos ya!

Elías desvió la mirada, de nuevo, hacia el reloj. Eran las cinco de la mañana y su hombre tenía razón, debían marcharse cuanto antes.

12

Terminaron de meter la ropa más primordial dentro de la maleta y bajaron con rapidez.

Julia se quedó boquiabierta cuando contempló el personal que les estaba esperando, dispuesto a escoltarles hasta el aeropuerto. Sabía que a veces Elías podía llegar a exagerar con la seguridad, pero dudaba que fuera el caso.

Cargó la maleta y se subió al interior de un todoterreno negro con los cristales tintados. Había tenido que suplicarle a Elías que se subiera con ella, porque según él, lo más seguro habría resultado realizar el trayecto separados en diferentes coches.

— No iré a ninguna parte si no vienes conmigo — amenazó, segura de sus palabras.

Si algo ocurría en aquel itinerario, estarían juntos para superarlo...

Abandonaron la mansión sin ningún tipo de percance, pero Julia podía notar los músculos tensos de Elías junto a ella; estaba preocupado, lo que hacía que ella tuviese más miedo aún. ¿De verdad creía que algo podía llegar a ocurrirles con aquel despliegue de seguridad a su alrededor? Él mismo lo

había dicho en Madrid, en México eran intocables y Mendoza lo sabía.

¿O no?

Tenían un trecho bastante largo hasta el aeropuerto, así que decidió distraerse pensando en alguna otra cosa más positiva. Desde que Elías le había enseñado la fotografía, no dejaba de soñar con el instante en el que estuvieran en su nuevo hogar.

— ¿Vamos a tener hijos? — dijo en voz baja, esperando que el chofer no pudiera escucharles.

Elías la miró con seriedad.

Era evidente que sus pensamientos se encontraban sumidos en otros asuntos de mayor importancia.

— ¿Tú los quieres?

Ella asintió.

La maternidad nunca había sido algo que la preocupase, pero desde hacía un tiempo rondaba en su cabeza el hecho de poder ser madre. En realidad, cuando pensaba en serlo, se imaginaba jugando con aquella niña de ojos profundos que tenía tanto de Elías como de ella. Quizás el reloj biológico comenzaba a hacer sonar sus campanas...

— Sí, quiero tenerlos.

Él sonrió levemente antes de responder y regresar a sus reflexiones internas.

— Entonces los tendremos, bella — prometió — , todos los que quieras.

El vehículo avanzaba sin incidencias y Julia sentía que, poco a poco, sus sueños cada vez se encontraban más cerca. Los miedos se iban disipando

cuanto más próximos se encontraban del aeropuerto y, a pesar de la tensión de Elías, ella había comenzado a relajarse.

No fue consciente de que se habían desviado de su destino hasta que volvieron a incorporarse a una carretera secundaria que no fue capaz de reconocer. Prácticamente saltó del asiento, asustada y confusa a su vez, sin entender hacia dónde se dirigían.

— ¿Dónde estamos, Elías? — inquirió.

Él viajaba con la mirada perdida en el exterior.

Después de lo previsor que había sido, Julia supuso que sabía hacia dónde se encaminaban en aquellos instantes.

— Tenemos que hacer una parada, no nos llevará mucho tiempo — respondió, antes de cogerle la mano y besarla con delicadeza.

No entendía nada, ¿qué parada tenían que hacer? ¡El tiempo se les echaba encima y él mismo le había asegurado que era primordial abandonar el país! No podían perder ese avión por nada del mundo... No quería quedarse allí más tiempo, con el miedo impreso en la piel.

— ¿A dónde vamos, Elías? — repitió con el tono de voz endurecido.

Lo único que pensaba era “¡no, por favor, otra vez no, más mentiras no!”.

Él se giró hacia ella y exhaló el aire de sus pulmones con lentitud.

— No podemos marcharnos sin dinero, Julia — explicó brevemente.

¿De verdad? ¿Acaso importaba más el dinero que sus vidas?

Se resignó y decidió no decir nada, mientras sentía otra vez la mala sensación instalarse en su interior. En realidad, era imposible que les sucediera algo,

¿no?

Continuaban rodeados de los coches escoltas y Julia sabía de buena mano que cualquiera de los presente se encontraba dispuesto a dar su vida a cambio de la de Elías — incluso de la de ella — . Pero..., aún así...

Había comenzado a amanecer cuando detuvieron el vehículo.

Elías no se bajó del coche, Julia tampoco. El copiloto y alguno de los otros hombres que viajaban en los todoterrenos escoltas sí que se bajaron.

Julia no podía entender qué era lo que hacían allí, porque no había absolutamente nada. Estaban en mitad de una carretera mal pavimentada, rodeados de campas, arbustos y vegetación.

Examinó más detenidamente el exterior mientras procuraba atisbar algo, cualquier cosa que indicara por qué demonios Elías les había llevado hasta allí. Pero no había nada; ni una casa, ni una chabola... Nada en absoluto.

La primera gota de lluvia manchó el cristal mientras observaba a los hombres sacar palas para cavar de los maleteros. Como casi siempre en el Caribe, nada más comenzar, la lluvia comenzó a descargar con fuerza sobre ellos. Los hombres echaron a correr hacia la nada; hacia el interior de las campas.

— Así terminarán antes... — murmuró Elías para sí mismo, mientras contemplaba el cristal.

Se adentraron varios metros y después comenzaron a cavar con rapidez. Julia, boquiabierta y sin entender qué era lo que ocurría, miró a Elías.

— ¿Qué terminarán antes?

Los veía mojándose en el exterior, hundiéndose en el barro mientras cavaban con rapidez y esfuerzo.

— Terminarán de escarbar antes si la tierra se humedece con la lluvia.

Julia asintió, aún sin entender nada.

Con Elías siempre era de aquella manera, y lo peor de todo es que ya se había acostumbrado. En vez de protestar o insistir para recibir explicaciones, optaba por quedarse callada y observar hasta que la explicación llegaba hasta ella.

No tardaron ni cinco minutos en sacar un barril que habían encontrado bajo tierra. Ella se pegó al cristal, examinando anonadada lo que ocurría en el exterior. Unos se dedicaban a abrir el barril, otros continuaban cavando otro hoyo en las cercanías y otro empleado corría en dirección al coche en el que se encontraban. Golpeó el cristal tintado con los nudillos y Elías abrió la puerta.

— Señor... — murmuró el muchacho dirigiéndose a él — ..., algunos billetes aparecieron podridos...

Julia necesitó procesar lo que acababa de escuchar para poder entenderlo bien.

¿Elías tenía escondidos los billetes en barriles? ¿Bajo tierra? ¡No podía creerlo! ¿Por qué?

Él se bajó del coche y cerró la puerta, dejando a Julia en soledad en el interior. Rodeó el vehículo con el muchacho y se adentró en la campa a su par.

Julia observó cómo en pocos minutos se calaba el traje y el cabello; las nubes estaban descargando su contenido con furia, tiñendo el comienzo del día con un aura gris que ella asoció a su mal presentimiento.

Elías se acercó hasta el barril, sacó un fajo de billetes de una bolsa de plástico

y los lanzó al suelo de la campa, furioso. Aunque desde allí adentro no escuchaba nada, podía intuir qué era lo que les gritaba a los demás hombres. Lo vio coger una de las palas que había tiradas en el suelo y ponerse a cavar, rabioso, con el resto de los hombres.

¿Por qué no se marchaban? ¿Por qué no terminaban con todo aquello de una maldita vez? ¿Qué importaba el dinero? Era evidente que de alguna manera tenían que sobrevivir pero... ¿Acaso no tenían los suficientes ceros en la cuenta bancaria de Elías como para poder marcharse sin mirar atrás?

La lluvia se intensificó con rapidez y en pocos minutos prácticamente ni siquiera lograba ver qué era lo que hacían en el exterior a través del aguacero. Se había creado una especie de cortina que emborronaba todo, pero le pareció atisbar cómo sacaban otro de los barriles de bajo tierra y mientras otro grupo se ponía a cavar. ¿Pero qué narices buscaban? Quedaba poco tiempo, muy poco, y si no se marchaban con rapidez perderían el vuelo.

Pataleó contra el suelo del vehículo, nerviosa. El nudo del estómago se apretaba cada vez más y tenía ganas de vomitar. Volvió a desviar la mirada hacia las campas; estaban sacando el dinero del barril y metiéndolo en bolsas. El muchacho que había acudido en busca de Elías salió corriendo hacia la carretera con la bolsa en la mano. Julia escuchó cómo abría el portón de sutodoterreno para dejar la bolsa — supuso —, y dos segundos después lo cerraba y salía corriendo de vuelta.

De repente, el todoterreno en el que se encontraba salió despedido hacia delante y su cabeza chocó contra los asientos delanteros. Se sintió mareada cuando volvió a alzar la mirada e, inconscientemente, se llevó la mano al lugar en el que había recibido el golpe contra el respaldo. Sangre, estaba sangrando. Otro golpe seco resonó contra el todoterreno y volvió a salir

disparada contra el asiento delantero. Se cayó en el hueco que quedaba entre la parte trasera y delantera, sin entender qué era lo que ocurría.

Pensó, en un primer momento, que quizás la palanca del freno de mano se hubiera soltado y el vehículo había cogido inercia; pero no. La estaban golpeando por detrás, una y otra vez. Escuchó gritos en el exterior, pero con el blindado del vehículo no lograba traspasar el sonido con claridad. No entendía qué ocurría. Sintió otro golpe seco y comenzó a sollozar, asustada, mientras se mantenía hecha un ovillo en el suelo. Con el quinto golpe, una de las puertas traseras cedió quedando entre abierta.

Julia continuaba en el suelo, pero podía escuchar los disparos que tenían lugar en el exterior. Aunque al principio no comprendió qué era lo que estaba sucediendo, no tardó demasiado en entenderlo; les habían encontrado. Mendoza había dado con ellos.

Le pareció escuchar la voz de Elías gritando su nombre, pero no estaba segura de no habérselo imaginado. Mientras se preguntaba a sí misma si lograrían salir con vida los dos de aquel embrollo, una sombra cruzó la ventana y una tremenda explosión resonó no demasiado lejos del vehículo en el que se encontraba. Llorando, mientras la sangre caía lentamente por su rostro, se deslizó hacia la otra puerta y, tirando de la manilla, la golpeó para que quedase abierta. Necesitaba verle; necesitaba saber que estaba bien.

13

Mendoza miró hacia ambos lados mientras se protegía del fuego cruzado tras uno de los vehículos de Castro. Aquello era una auténtica masacre y no tardó demasiado en arrepentirse de estar presente.

Sí, había querido verle muerto, pero no había imaginado que podría llegar a vérselas tan negras.

Uno de los hombres de Castro disparó contra el cristal del vehículo tras el que se encontraba protegido. La lluvia de cristales volaba mientras otra explosión tenía lugar en el campo.

¡Qué cojones estaban haciendo!

La misión era sencilla y la orden muy fácil de cumplir: capturar con vida a Elías Castro o, en su caso, matarlo. Quería poder entretenerse con él y verle sufrir..., al igual que le había visto suplicar a su madre. Aunque Mendoza no era un hombre egoísta en absoluto; si no podía torturarlo, al menos quería verlo muerto con sus propios ojos.

Afinó la vista; parecía que desde aquel ángulo se encontraba a salvo y nadie parecía haberse percatado de su presencia. Intentaba localizar a Castro entre los tiradores, pero con el humo que había comenzado a extenderse, los hombres, el fuego cruzado y la lluvia espesa no lograba ver nada.

Mendoza se quedó impactado cuando la puerta trasera del vehículo tras el que se encontraba escondido se abrió. Cargó su arma y la alzó, esperando un posible ataque, pero no ocurrió nada. Fuera quien fuere la persona que se encontraba al otro lado de la puerta, no le veía ni parecía demasiado interesado en unirse a la batalla.

Aún estaba preguntándose quién podría ser y cómo actuar cuando atisbó a Castro a lo lejos.

— ¡JULIA! — gritaba en voz alta, mientras uno de sus hombres era acribillado a unos metros de distancia de él — ¡Julia, lárgate! ¡VETE!

Mendoza no tardó demasiado en comprender quién era la persona que tenía a su lado, separada tan sólo por una puerta.

Cuando escuchó su voz, supo de inmediato lo que debía hacer.

— ¡¡¡ELÍAS!! ¡¡¡ELÍAS!!!

La suerte, por primera vez desde hacía mucho tiempo, parecía haberse puesto de su parte.

Golpeó la puerta, cerrándola con un golpe seco.

No se pudo resistir y desvió la mirada hacia Castro mientras volvía a tirar de la manilla con la pistola apuntando a la cabeza de su novia. Sonrió y se lamó el labio inferior, disfrutando de aquel pequeño instante de victoria.

El rostro de Castro se descompuso en un solo instante mientras su novia,

tirada en el suelo entre los dos asientos y temblando como un corderito, suplicaba que por favor no la matase. La carcajada nació de su alma, incapaz de contener la alegría y la dicha que le proporcionaba aquel pequeño instante.

— Por favor..., por favor se lo suplico... — sollozaba en el suelo, temblando compulsivamente — , por favor no me mate, por favor...

Julia alzó la mirada empañada y suplicante hacia el hombre. No sabía quién era, ni por qué sonreía... Pero rezó porque un atisbo de duda en su interior le impidiera apretar el gatillo. No podía morir, no podían separarse... No después de haber sufrido tanto y estando tan cerca del comienzo de sus sueños, de su nueva vida.

Él hombre le devolvió una sonrisa malévola, con los ojos inyectados en sangre. Fue aquel instante cuando Julia supo que no había esperanza; iba a morir. El portador del arma estaba disfrutando con aquel momento, deleitándose. Fue consciente de inmediato de que darían igual las suplicas, su sentencia estaba firmada.

— Dígale adiós a su marido... — sonrió, divertido.

Desvió la mirada hacia Elías.

Tenía el rostro descompuesto; había soltado su arma sobre el regazo y yacía de rodillas en la cama, llorando desconsoladamente. Julia supo que Elías sabía tan bien como él que aquella sería la última vez que se mirarían a los ojos.

Sonrió débilmente, porque no quería que la recordara asustada, de aquella manera tan cruel.

— ¡¡Baja el arma ahora mismo o te chingo aquí mismo, Gallo!!

Julia volvió a alzar la vista sin poder creer lo que ocurría. Juan Manuel estaba justo detrás de Mendoza, sujetando un arma contra su cabeza.

— ¿Sabes lo que estás haciendo? ¡SABES A QUIÉN ESTÁS APUNTANDO!

Le temblaba la mano, nervioso, y Julia pensó que en cualquier momento estallaría volándole los sesos.

— Sé a quién estoy apuntando, Gallo, y no voy a repetirle que baje esa arma...

Aquella segunda vez la voz de Juan Manuel sonó mucho más calmada.

Mendoza valoró sus posibilidades; lo tenían a tiro y era evidente que el hermanito del perro faldero de Elías no le dejaría marchar tan fácilmente; aquellos dos lo querían bien muerto. Si bajaba el arma, lo harían desaparecer del mapa, seguro.

Sin pensárselo dos veces y sin quitar la pistola de la cabeza de la chica, pasó al interior del vehículo y sonrió a Juan Manuel. Pisó la espalda de la mujer, que gritó de dolor mientras le clavaba la puntera de la bota entre las costillas, y sonrió.

— Si no me dejan marcharme ya mismito, me la chingo — amenazó.

Elías intentaba llegar hasta ellos lo antes posible, pero el fuego cruzado no le permitía avanzar por rapidez. Aquello tenía mala pinta, muy mala. Pero Juan Manuel tenía pillado a Mendoza y mientras la situación no adquiriera otra variable, todo estaba contralado. Al menos, dentro de lo que cabía esperar...

— No haga esto, Gallo... Todo esto puede acabar mejor...

Él no respondió; ensanchó una sonrisa y tiró de la manilla para cerrar la

puerta. Obligándole a Julia a alzarse, la agarró del cabello con fuerza y le susurró en la oreja que se levantase para pasar al asiento delantero.

Julia notaba el metal de la punta de la pistola en su sien.

Temblorosa y sin poder controlar del todo bien los impulsos de su cuerpo, pasó al asiento delantero y se acurrucó en él. Juan Manuel continuaba fuera, apuntando al interior del coche. Pero tanto Julia como Mendoza sabían que no dispararía y que aquello no tenía sentido. Nada tenía sentido.

Mendoza se colocó en el asiento del piloto y accionó el contacto. Gritó en voz alta cuando el coche, que tenía un aspecto similar al de un acordeón, se encendió a la primera. Julia se pegó al cristal, intentando encontrar a Elías; pero no lograba dar con él.

¡¡Aquello era una auténtica locura!!

Había hombres en el suelo, sangre por doquier y los disparos continuaban reproduciéndose ensordecedoramente inundando sin descanso el ambiente. Mendoza accionó la palanca de marchas y el todoterreno salió disparado hacia el frente.

Fue en aquel instante cuando vio a Elías a través del espejo retrovisor, corriendo a pocos metros del todoterreno en su dirección.

Juan Manuel alzó la pistola, desesperado por la situación, y se pasó la mano por el cabello mientras Julia se alejaba a gran velocidad de aquel lugar.

Tan sólo llevaban un par de minutos en el coche cuando Mendoza detuvo el vehículo y alzó el arma en su dirección. Julia cerró los ojos y pensó que, si había llegado su hora, la recibiría con la mayor dignidad posible.

— ¡Bájese! — gritó en voz alta con la voz ronca.

Tenía una de esas voces destrozadas por el alcohol, el tabaco y la mala vida en general. Su mal aliento alcanzó su rostro y Julia tuvo que contener una arcada para no vomitar.

— ¡Qué se bajes del maldito coche ya mismo...! — amenazó.

Su voz no dejaba lugar a dudas pero, ¿para qué quería que se bajase? ¿Para tirarla a un descampado y matarla allí mismo?

— ¡No! — gritó, envalentonada, pensando en cómo habría actuado Elías ante tal situación.

Mendoza soltó otra de sus risas asquerosas y una vez más, su mal aliento la golpeó.

— ¡No voy a matarla todavía, vieja! ¡Bájese del maldito coche!

Al ver que no respondía y que tampoco se movía, apretó el puño y golpeó sus costillas con fuerza. Julia gritó de dolor cuando recibió el impacto, mientras Mendoza se abalanzaba sobre ella. Pensó que continuaría golpeándola, pero en su lugar, abrió la puerta por la manilla y con un empujón la tiró contra la cuneta.

Se golpeó la cabeza con el asfalto al caer, pero el miedo tenía tan paralizados sus sentidos que prácticamente no llegó a notar el dolor. Se mordió el labio, tiritando, y el sabor metalizado de la sangre mezclado con las lágrimas saladas impregnó su paladar.

Mendoza se bajó del coche y lo rodeó hasta llegar a ella. Julia abrió los ojos, intentando encontrar algún lugar donde escapar. Pero no había nada; estaba tirada en el suelo y a su alrededor tan sólo había campas y más campas. Si echaba a correr, sería un blanco demasiado fácil para cualquier tirador.

No tenía escapatoria.

Mendoza soltó otra carcajada, disfrutando del momento mientras el odio que Julia sentía hacia él crecía más y más. Ella volvió a cerrar los ojos, asustada.

Lo único que era capaz de pensar, cada instante y segundo que tenía lugar era: ha llegado el momento, ahora moriré. Pero por alguna macabra broma del destino el instante parecía tardar demasiado en llegar y su sufrimiento continuaba alargándose.

Notó otra patada fuerte contra su estómago y se apretó la zona mientras la boca se le llenaba de sangre. El segundo impactó no tardó en llegar, y después el tercero.

Sintió que las fuerzas abandonaban poco a poco su cuerpo y supo que, en cualquier instante, terminaría desmayándose. Mendoza colocó la suela de su bota encima de su cabeza y apretó contra el suelo mojado mientras Julia gritaba y se retorció, dolorida.

—¡¡¡¡ La siguiente vez que le diga que haga algo, lo haré...!!!!

La liberó de la prisión que había ejercido sobre su cráneo y después volvió a colocar la punta de la pistola contra su sien. Ella se quedó paralizada, sin saber qué hacer. Quería que toda aquella tortura terminase de una vez por todas.

— ¡Levántese ahora mismo!

Con las pocas fuerzas que albergaba en su interior, apoyó las manos sobre el asfalto y se incorporó lentamente. Mendoza le indicó con un pequeño empujón que rodeara el vehículo y se introdujera en la puerta del piloto. Ella se subió, notando las punzadas de dolor que recorrían todo su cuerpo.

— ¡Las llaves, vieja!

Sin pensárselo dos veces, retiró las llaves del contacto y las dejó caer sobre la palma abierta de Mendoza. Tenía tanto miedo que ni siquiera se atrevía a alzar la mirada.

Él rodeó el vehículo y se sentó a su par.

— ¡Arranque! — ordenó, mientras metía las llaves en el contacto.

No veía nada; tenía la vista nublada y le costaba que las cosas a su alrededor se estuvieran quietas. No podía conducir en aquel estado, era imposible.

Mendoza se acercó a ella y pudo volver a oler su apestoso aliento.

— Le he dicho que se pongaa conducir... — susurró en su oreja, mientras le acaricia la mejilla con la culata de la pistola.

Temblorosa, accionó la palanca de cambios y pisó el acelerador.

Poco a poco el dolor y el miedo se fueron disipando. Cuantos más kilómetros pasaba de largo, más segura se sentía de sí misma. Comenzaba a entender qué era lo que estaba ocurriendo; Mendoza no iba a matarla. No aún, al menos. La necesitaba viva para capturar a Elías y poder asesinarlo, y después se encargaría de ella.

La necesitaba como moneda de cambio.

14

La rabia y la ira hervían en su sangre mientras conducía, superando cualquier límite de velocidad que se hubiera establecido en la historia de la humanidad.

No podía perderla, Julia era su vida entera y si le llegaba a ocurrir algo... Apretaba el volante con fuerza entre sus manos mientras se preguntaba cómo demonios había podido ser tan imbécil de haberla involucrado a ella en aquel asunto.

¡¡¡Por qué narices había metido en todo eso a Julia!!!

¿Cómo había sido capaz de exponerla de tal manera al peligro? Tenía que encontrarla y debía hacerlo con rapidez.

Sabía que los primeros minutos eran cruciales, ya que Mendoza aún no había tenido el tiempo suficiente para pensar un plan y se encontraba solo. No tenía refuerzo ni el apoyo de su organización tras él... Pero sabía que, si lograba llegar a un lugar de confianza, entonces no habría nada que hacer. Podía predecir, en tal caso, cómo se desarrollaría todo sin lugar a dudas. Mendoza se respaldaría tras el apoyo de su cartel y de alguna alianza, amenazaría a Elías y lo pondría a bailar en la cuerda floja para después acabar con todos.

Seguramente, con lentitud. Aquel hijo de puta era un auténtico psicópata, ¡y con tan sólo imaginar que tenía a Julia en su poder...!

Julia aceleró aún más mientras las ideas cruzaban su mente. No tenía muchas opciones si quería salir de esa con vida, así que debía ser más inteligente que él. Aquella sería su única baza. Estaban en una carretera secundaria, con bastantes curvas y una buena vegetación rodeándoles. Mendoza apuntaba a Julia con la pistola mientras ella conducía sin apartar la vista de la carretera.

— ¡Hijo de puta chingón! — gritó Mendoza, fuera de sí, mientras golpeaba salvajemente con el puño el salpicadero del coche.

Julia alzó la mirada para echarle un ojo al retrovisor. ¿Qué era lo que había visto?

Cuando atisbó el todoterreno negro acercándose a ellos a gran velocidad, una punzada de esperanza recorrió su cuerpo.

Mendoza clavó con más fuerza la pistola contra su estómago, impacientado por la situación que se le comenzaba a complicar.

— ¡ACELERE MALDITA!

Julia no obedeció, pero cuando notó el gatillo chasqueando, supo que no bromeaba.

Observó cómo la aguja del acelerador ascendía con rapidez por el medio círculo; ciento treinta, ciento cincuenta, ciento sesenta y cinco...

Sabía que, si seguía así, terminarían estrellándose contra cualquier cosa y, en efecto, muertos.

Mientras meditaba aquel pensamiento, una idea fugaz cruzó su mente con

rapidez y Julia supo cómo podía acabar con todo eso.

Elías aceleró más; era evidente que le habían visto acercarse.

¿Quién iría conduciendo? ¿Mendoza o Julia?

Cada vez aumentaban más la velocidad y era evidente que aquella situación podía acabar muy mal. Estaba a muy pocos metros de alcanzarles, pero no sabía qué iba a hacer cuando diese con ellos.

¿Cómo podía detener el vehículo sin dañar a Julia?

La situación era mucho más complicada de lo que había llegado a imaginar, pero Elías no había intuido lo que segundos después tendría lugar. Las luces rojas de los frenos se accionaron y el vehículo de Mendoza y Julia derrapó y salió disparado contra la cuneta, atravesándola e introduciéndose en las campas hasta golpearse contra la vegetación.

Imitó al todoterreno siniestrado y accionó totalmente el pedal de freno, provocando que el coche girara sobre su propio eje. Dio una vuelta, después dos, mientras sentía que las lágrimas comenzaban a deslizarse por su rostro.

¡Por Dios, que estuviese viva! ¡Qué sobreviviera al impacto!

Cuando el coche dejó de girar, cogió la pistola y salió al exterior. Todo a su alrededor le daba vueltas y no lograba caminar en línea recta ni enfocar la vista.

Vio el todoterreno empotrado contra un árbol, a escasos metros de la cuneta...

Elías echó a caminar con el corazón en un puño mientras veía el humo que salía del destrozado capó del coche. Corrió lo más deprisa que pudo y cuando

el disparo resonó, se derrumbó y cayó al suelo.

— ¡¡¡NO!!! ¡¡JULIA!!

No podía moverse, no se atrevía a mirar, ni siquiera a respirar.

No podía estar muerta... Ella no. Era su mundo, su 'todo'.

Vio movimiento dentro del todoterreno y, de rodillas, con la lluvia cayendo sobre su cabeza y el rostro empapado en lágrimas, alzó la pistola en alto dispuesto a acribillar a aquel hijo de puta si se atrevía a pisar el suelo.

La puerta trasera se abrió y, cuando ella abandonó el coche, sintió que el corazón le estallaba en alivio. Soltó el arma y se llevó la mano a la boca, ahogando el llanto de desesperación que había intentado contener.

Julia también soltó la pistola que portaba en la mano y, temblorosa, llorando, corrió hasta Elías y se lanzó a sus brazos.

Él la abrazó, la besó y la acarició mientras se deshacía sobre ella. No podía creerlo, la tenía en sus brazos, estaba viva... ¡Estaba con él!

Alzó la mirada y sus ojos brillantes y asustados le destrozaron el corazón.

— Lo siento — musitó Elías, roto, sin saber qué más podía decir.

Ella negó con la cabeza y deslizó la mano con parsimonia por su rostro. Se detuvo en sus carnosos labios y después, retiró los dedos para besarle. Le dolía hasta el último hueso de su cuerpo, pero por fin todo había acabado y estaban a salvo.

— Hemos perdido el avión... — susurró en voz baja, mientras sonreía débilmente.

Sí, por fin todo había acabado.

EPÍLOGO

Encontrar la plena felicidad no era una tarea sencilla ni fácil de conseguir, pero Julia podía decir que lo que ella había conseguido en la vida se le asemejaba bastante.

A pesar de todo, aún teniendo aquello que tanto había luchado por conseguir, a veces todavía podía sentir el miedo calando hondo en su interior. Se quedó pensativa, rememorando todo lo que había sufrido mientras contemplaba una de las cicatrices que tenía en la mano.

Aquel último día que pasó en México continuaba pasándole factura, al menos psíquicamente. Elías había dejado de tener pesadillas y ya no se despertaba temblando, gritando y sudando en plena madrugada, pero ella sí. Las pesadillas se repetían una detrás de otra prácticamente cada semana, y cuando Elías la despertaba entre caricias y le prometía que se encontraba a salvo, junto a él, ella no le creía y continuaba gritando durante varios minutos más. Después sentía el frío del invierno calando en sus huesos y las manos congeladas y empapadas de sudor y comprendía que no estaban allí, que

habían logrado escapar de todo.

Alba tenía cuatro años y no entendía por qué su madre se despertaba muchas noches gritando y llorando, y en ocasiones se metía en la cama con ellos porque también sentía miedo. Elías le intentaba explicar que mamá estaba bien y que los monstruos que tanto miedo le daban ya no podían hacerla ningún daño, pero ella no lograba entender nada; tan sólo que su madre se despertaba gritando de pánico.

Aún con todo eso, era feliz; muy, muy feliz. El pasado les había dejado en paz y la vida en las montañas había resultado mucho más placentera de lo que habría podido llegar a soñar en un pasado.

Se secó las manos con el trapo después de fregar un vaso y, antes de abandonar la cocina, bajó las persianas. La tormenta parecía estar en lo más alto y el viento soplaba con furia agitando los árboles. En más de una ocasión, se habían despertado con los cristales rotos por el temporal, así que lo mejor era prevenir.

Caminó hasta el salón y se quedó en el umbral, contemplando a su familia.

Elías, sentado en una silla de madera, sujetaba a sobre su regazo mientras observaba el espectáculo de rayos y truenos, de lluvia salvaje y viento mordaz. Alba sujetaba el reloj en su mano, con la palma abierta, mientras ambos cronometraban la tormenta.

— Cerrar esa persiana o terminaremos con otro cristal roto — señaló Julia.

Los dos se dieron la vuelta hacia ella.

Su marido le sonrió con ternura y Alba alzó el reloj en alto, indicándole a su madre que aún no podían cerrar la ventana con aquel gesto.

Elías no había vuelto a cronometrar una tormenta desde la noche del

asesinato de sus padres, pero desde que Alba había nacido, parecía que todos los fantasmas de su pasado se habían esfumado para permitirle ser feliz.

Se acercó hasta ellos y la pequeña rodeó sus brazos para auparse sobre ella.

—¡Mami, hemos visto un rayo que ha dado mucha luz! — exclamó, emocionada.

Ella suspiró su aroma inocente y la estrechó entre sus brazos con fuerza.

— Cuéntale a mami cuánto está durando esta tormenta — la animó Elías.

Alba, emocionada, se bajó de sus brazos y señaló el reloj.

— ¡Mami, ésta está siendo la tormenta más laaarga del muuuuuundo mundiaaal!

En aquel instante, los fantasmas de Julia también desaparecieron y pudo

echarse a reír, divertida, mientras Elías rodeaba su cintura y ella alcanzaba

— casi — la plena felicidad.

FIN

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar.

En febrero del 2017 publicó su primera novela “Seré solo para ti”, que en pocos días se posicionó en el número 1 de los más vendidos de todas las categorías. Poco después volvió al éxito con “Solo tuya”, dando por terminada la bilogía de Lorenzo y Victoria.

En pocos meses ha publicado los volúmenes independientes de “Besos de Carmín”, “Mi último recuerdo”, “Escribiéndole un verano a Sofía” y “Nosotras”.

Todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

OTROS TITULOS DEL AUTOR

NOSOTRAS (JUNIO 2017)

Aurora conoció a Hugo cuando solo era una cría que no buscaba el amor. A sus veinte años de edad, no sabía lo que quería ni se le pasaba por la cabeza consolidar una relación.

Pero el tiempo fue pasando, año tras año, y el amor entre los dos continuaba estando presente... Lo que ninguno de los dos esperaba era que el pasado intercediera en su futuro.

¿Cómo sobrevive un amor de verano al paso de los años y a la inmadurez de la juventud?

¿Qué ocurre si, cuando has conseguido que todo se estabilice, tu mundo se derrumba sin control? ¿Si, repentinamente, desaparece todo aquello por lo que tantos años has luchado?

« Aunque nada parecía fácil, una cosa tenía clara: jamás tendría que superar las dificultades en solitario gracias a sus dos amigas.»

ESCRIBIÉNDOLE UN VERANO A SOFÍA (MAYO 2017)

Alex y Sofía solo tienen una cosa en común: ninguno de los dos cree en el amor.

Sofía es una joven alocada que busca vivir la vida, salir adelante con pequeños trabajos que le proporcionen lo justo y necesario y, sobre todo, disfrutar. Piensa que la vida es demasiado corta como para ser desperdiciada...

Alex hace un año que se ha divorciado y siente que ha perdido todo lo que tenía. Sin saber cómo continuar, centra todos sus esfuerzos en rescatar su carrera como escritor, sin éxito...

Descubre en estas páginas lo que el destino les deparará mientras Sofía te enamora y Alex te escribe un verano que, te aseguro, jamás podrás olvidar.

MI ÚLTIMO RECUERDO (MAYO 2017)

«Después de tantos años de matrimonio, la relación entre Robert y Sarah ha comenzado a enfriarse. Ninguno de los dos parece ser feliz ni estar dispuesto a sacrificarse por el otro. Una noche de tormenta la pareja sufre un terrible accidente de coche en el que Sarah pierde todos sus recuerdos excepto uno. El último recuerdo antes del choque. Tras el suceso, Robert comprenderá qué es lo que realmente importa en la vida y decidirá luchar por la mujer que ama, aquella a la que había jurado un “para siempre” catorce años atrás.

¿Estará Sarah dispuesta a perdonar todo, a volver atrás? ¿Conseguirá Robert volverla a enamorar?»

BESOS DE CARMÍN (ABRIL 2017)

Paula solo buscaba un trabajo para mantenerse ocupada el verano y desconectar de los problemas familiares que la rodeaban, pero no esperaba encontrar a Daniel. Sin quererlo, terminará perdidamente enamorada de él; un hombre casado que le dobla la edad y que lleva una vida tranquila y familiar con su mujer. ¿Luchará Paula por sus sentimientos? ¿Abandonará Daniel todo lo que tiene por ella? «Un amor prohibido, excitante y pasional que no dejará indiferente a ningún lector»

SOLO TUYA (ABRIL 2017)

A pesar de todo lo que el sexy empresario, Lorenzo Moretti, y la joven española, Victoria Román, han sufrido para poder consolidar su relación y estar juntos, por fin todo marcha viento en popa. Se quieren, se adoran, se respetan y aunque puedan sufrir pequeñas discusiones entre ellos, todo resulta sencillo de perdonar. Hasta que ciertas personas del pasado reaparecen en la vida de la perfecta pareja para recordarles que nada es tan sencillo como parece en un principio.

Victoria Román se verá sumida en la sombra de una ciudad desconocida y tendrá que tomar la decisión de si sufrir por conservar su matrimonio o luchar por su propia felicidad.

¿Volverá a Madrid y rehará su vida sin Lorenzo? ¿Podrá superar perder al amor de su vida? ¿Merece el amor tanto sufrimiento?

«Descubre lo que pasará en esta segunda parte de “Seré solo para ti” repleta de erotismo y romance, más excitante aún que la primera...»

SERÉ SOLO PARA TI (FEBRERO 2017)

La vida de Victoria es perfecta hasta que, a pocas semanas de casarse con su novio, descubre que éste le está siendo infiel. Mientras intenta superar la traición que ha sufrido, conoce a su nuevo jefe, Lorenzo Moretti, que acababa de mudarse a Madrid para dirigir la empresa y del que no tardará en enamorarse perdidamente. Los dos comenzarán un excitante romance... Pero tarde o temprano los secretos del joven Lorenzo salen a la luz y Victoria tendrá que decidir si se mantiene a su lado. «Excitante, romántica, apasionada..., no te dejará indiferente...»